

LAS MANOS SUCIAS

de: Jean-Paul Sartre

PERSONAJES

OLGA	JESSICA
HUGO	GEORGES
CHARLES	SLICK
FRANTZ	HOEDERER
LOUIS	KARSKY
IVAN	LEON

EL PRINCIPE PAUL

PRIMER CUADRO  
(EN CASA DE OLGA)

Al fondo, el teléfono sobre una cómoda. A la izquierda, hacia el fondo, una puerta. Mesas, sillas. Mobiliario heteróclito y barato. Se nota que a la persona que vive en esa habitación le son totalmente indiferentes los muebles. A la izquierda, al lado de la puerta, una chimenea; sobre la chimenea un espejo.

ESCENA I

OLGA, LUEGO HUGO

(OLGA, SOLA; SENTADA DELANTE DE UN APARATO DE RADIO, MUEVE LOS BOTONES. CONFUSIÓN, LUEGO UNA VOZ BASTANTE CLARA.)

LOCUTOR:

"Las fuerzas alemanas se batan en retirada en toda la extensión del frente. Las fuerzas soviéticas se han apoderado de Kichnar, a cincuenta kilómetros de la frontera iliria. Siempre que pueden las tropas ilirias se niegan a combatir; numerosos tráfugas se han pasado ya al bando aliado. Ilirios, sabemos que os han obligado a tomar las armas contra la U.R.S.S., conocemos los sentimientos profundamente democráticos de la población iliria y nos..."

(LLAMAN Y APAGA EL RADIO. LLAMAN. TOMA EL REVOLVER DE GAVETA Y VA A ABRIR. LLAMAN DE NUEVO.)

(OLGA SE SOBRESALTA LIGEREAMENTE, LUEGO PERMANECE INMOVIL DELANTE DE LA PUERTA.)

VOZ DE HUGO:

¿No conoces mi voz? ¡Abre, vamos! ¡Abreme!

(OLGA ABRE LA PUERTA, ECHANDOSE VIVAMENTE HACIA ATRAS, PARA EVITAR LAS SORPRESAS. UN MUCHACHO ALTO DE 23 AÑOS, APARECE EN EL UMBRAL.)

HUGO:

Soy yo. (SE MIRAN UN MOMENTO EN SILENCIO.) ¿Te sorprende?

OLGA:

Tu cara es la que me sorprende.

HUGO:

Sí, he cambiado. (UNA PAUSA.) ¿Me has reconocido? ¿No hay error posible? (SEÑALANDO EL REVOLVER ESCONDIDO EN LA SERVILLETA.) Entonces puedes dejar eso.

OLGA:

(SIN DEJAR EL REVOLVER.) Creí que tenías para cinco años.

HUGO:

Pues sí, tenía para cinco años.

(RETROCEDE UN PASO. EL REVOLVER NO APUNTA FRANCAMENTE A HUGO PERO POCO LE FALTA, HUGO LE ECHA UNA MIRADA DIVERTIDA.)

OLGA:

¿Evadido?

HUGO:

No estoy loco. (PAUSA.) Me dejaron en libertad por mi buena conducta (CAMINANDO AL CENTRO)

HUGO:

(MIRANDO A SU ALREDEDOR.) ¡Qué desierto! Todo está aquí, sin embargo. ¿Y mi máquina de escribir?

OLGA:

Vendida.

HUGO:

¡Ah! (UNA PAUSA, MIRA LA HABITACIÓN.) Está vacío.

OLGA:

¿Qué es lo que está vacío?

- HUGO: (ADEMAN CIRCULAR.) ¡Esto! Los muebles parecen puestos en un desierto. Allá, cuando extendía los brazos, podía tocar a la vez las dos paredes opuestas. Acércate. (LE TIENDE LA MANO DERECHA. ELLA NO SE ACERCA.) Es cierto; fuera de la prisión se vive a respetuosa distancia. ¡Cuánto espacio perdido! Es raro estar libre; da vértigo. Tendré que recobrar la costumbre de hablar con la gente sin tocarla.
- OLGA: ¿Cuándo te soltaron?
- HUGO: Hace un rato.
- OLGA: ¿Viniste aquí directamente?
- HUGO: ¿Adónde quería que fuera?
- OLGA: ¿No hablaste con nadie?
- (HUGO LA MIRA Y SE ECHA A REIR.)
- HUGO: No, Olga, tranquilízate.
- (OLGA SE TRANQUILIZA UN POCO Y MIRA.)
- HUGO: ¿Te alegras de verme?
- OLGA: No lo sé.
- HUGO: (SE ENCOGE DE HOMBROS Y VA HACIA LA MESA. UNA PAUSA.) ¿Qué es de Louis?
- OLGA: Ahí anda.
- HUGO: ¿Y Laurent?
- OLGA: No tuvo suerte.
- HUGO: Lo sospechaba. No sé por qué, me había dado por pensar en él como en un muerto. Habrá cambios, ¿no?
- OLGA: La cosa se ha puesto mucho más difícil. Están los alemanes.
- HUGO: (CON INDIFERENCIA.) ¿Desde cuándo?
- OLGA: Desde hace tres meses. Cinco divisiones. En principio, venían de paso en dirección a Hungría. Y después se quedaron.
- HUGO: ¡Ah! ¡Ah! (CON INTERES.) ¿Hay nuevos con vosotros?
- OLGA: Muchos.
- HUGO: Jóvenes.
- OLGA: No pocos. No se recluta de la misma manera. Hay que llenar vacíos; somos... menos estrictos.
- HUGO: Sí, por supuesto. (CON UNA LIGERA INQUIETUD.) Pero en lo esencial, ¿sigue la misma línea?
- OLGA: (TURBADA.) ¡Bueno!... en general, naturalmente.
- HUGO: Bueno, ahí está: han vivido. En la cárcel a uno le cuesta imaginar que los otros siguen viviendo. ¿Hay alguien en tu vida?
- OLGA: De vez en cuando. (A UN GESTO DE HUGO.) No en este momento.
- HUGO: ¿Y..., y hablabais de mí, a veces?
- OLGA: (MINTIENDO MAL.) A veces.
- HUGO: Llegaban por la noche en bicicleta, como en mis tiempos, se sentaban alrededor de la mesa; Louis llenaba la pipa y alguien decía: ¿en una noche como ésta el chico se ofreció para una misión confidencial?
- OLGA: Eso u otra cosa.
- HUGO: Y decíais: se las arregló bien el chico; hizo su trabajo con limpieza y sin comprometer a nadie.
- OLGA: Sí.
- HUGO: A veces me despertaba; y me decía: quizá esta noche hablen de mí. Era mi principal superioridad sobre los muertos: aún podía pensar que pensaban en mí. (OLGA LO TOMA DE UN BRAZO, CON MOVIMIENTO INVOLUNTARIO Y TORPE. SE MIRAN. OLGA SUELTA EL BRAZO DE HUGO. ESTE SE PONE UN POCO RIGIDO.) Y un día se oyeron: todavía tiene para tres años y cuando salga (CAMBIANDO DE TONO SIN QUITAR LOS OJOS DE OLGA.) lo despacharemos como a un perro en recompensa.
- OLGA: (RETROCEDIENDO BRUSCAMENTE.) ¿Estás loco?

- HUGO: No, Olga, tuve tiempo suficiente para reflexionar en esta historia y sólo encontré una explicación: al principio el Partido pensó que yo era todavía utilizable y luego cambió de opinión.
- OLGA: (SIN DUREZA.) Hablas demasiado, Hugo. Necesitas hablar para sentirte vivir.
- HUGO: No hace falta que lo digas: hablo demasiado, y también sé demasiado, nunca confiasteis en mí. No hay por qué buscar más lejos. (UNA PAUSA.) Mira, no se los reprocho. Toda la historia había empezado mal.
- OLGA: Hugo, mírame. ¿Piensas lo que dices? (LO MIRA.) Sí, lo piensas. (VIOLENTAMENTE.) Entonces, ¿por qué has venido a mi casa?
- HUGO: Porque tú no podrás disparar contra mí. (MIRA EL REVOLVER QUE TODAVIA ESCRIME OLGA Y SONRÍE.) Por lo menos, lo supongo. (OLGA ARROJA DE MAL HUMOR SOBRE LA MESA EL REVOLVER.) Ya ves.
- OLGA: Escucha, Hugo; no creo una palabra de lo que me has contado y no he recibido órdenes con respecto a ti. Pero si alguna vez las recibo, has de saber que haré lo que me manden. Y si alguien del Partido me interroga, le diré que estás aquí aunque tuvieran que despacharte delante de mis ojos. ¿Tienes dinero?
- HUGO: No.
- OLGA: Voy a darte y te irás.
- HUGO: ¿Adónde? ¿A rodar por las calles? No, Olga, Aquí, suceda lo que suceda, hay luz y hace calor. Será un fin más confortable.
- OLGA: Hugo, haré lo que el Partido me mande.
- HUGO: Ya ves que es cierto.
- OLGA: ¡Vete!
- HUGO: No. (IMITANDO A OLGA.) "Haré lo que el Partido me mande." Tendrás sorpresas. Con la mejor voluntad del mundo, lo que uno hace nunca es lo que el Partido te manda. "Irás a casa de Hoederer y le meterás tres balas en la barriga." Una orden sencilla, ¿verdad? Fui a casa de Hoederer y le metí tres balas en la barriga. Pero era otra cosa. Ya no había orden. Las órdenes te dejan completamente solo a partir de cierto momento. La orden se había quedado atrás y yo avanzaba solo y maté completamente solo y... y ni siquiera sé ya por qué. Quisiera que el Partido te ordenase que dispararas contra mí. Para ver. Nada más que para ver.
- OLGA: Ya verías. (UNA PAUSA.) ¿Qué vas a hacer ahora?
- HUGO: No sé, No lo he pensado. Cuando abrieron las puertas de la cárcel pensé que vendría y vine.
- OLGA: ¿Dónde está tu mujer?
- HUGO: ¿Jessica? En casa de su padre. Me escribía a veces, los primeros tiempos. Creo que ya no lleva mi nombre.
- OLGA: ¿Dónde quieres que te instale? Todos los días vienen camaradas. Entran cuando quieren.
- HUGO: ¿En tu cuarto también?
- OLGA: No.
- HUGO: Yo entraba.
- (LLAMAN A LA PUERTA.)
- OLGA: ¿Quién está ahí?
- VOZ DE CHARLES: Charles.
- HUGO: (MIRANDOLA.) ¿Y?
- (PAUSA MUY CORTA. CHARLES LLAMA DE NUEVO.)
- OLGA: Vete a mi cuarto; podrás completar tus recuerdos.
- (HUGO SALA. OLGA VA A ABRIR.)

## ESCENA II

OLGA, CHARLES Y FRANTZ

CHARLES: ¿Dónde está? Lo seguimos desde que salió de chirona.



(BREVE SILENCIO.)

OLGA: Están ahí.

(SEÑALA SU CUARTO.)

CHARLES: Bueno.

(METE LA MANO EN EL BOLSILLO DE LA CHAQUETA Y DA UN PASO ADELANTE. OLGA LE OBSTRUYE EL CAMINO.)

OLGA: No.

CHARLES: No durará mucho, Olga. Si quieres, ve a dar una vuelta por el camino. Cuando vuelvas, ya no encontrarás a nadie y ni una huella.

OLGA: No.

CHARLES: Déjame hacer mi trabajo, Olga.

OLGA: ¿Te envía Louis?

CHARLES: Sí.

OLGA: ¿Dónde está?

CHARLES: En el coche.

OLGA: Ve a buscarlo. (CHARLES VACILA.) ¡Vamos! Te digo que vayas a buscarlo.

ESCENA III

OLGA, CHARLES, FRANTZ Y LOUIS

OLGA: Son demasiado atropellados. Diles que se vayan.

LOUIS: Espérenme fuera. (SALEN. ¿Qué tienes que decirme? (UNA PAUSA.)

OLGA: (SUAVEMENTE.) Louis, él ha trabajado para nosotros.

LOUIS: No seas chiquilina, Olga. Este tipo es peligroso. No debe hablar.

OLGA: No hablará.

LOUIS: Me pregunto si lo ves como es. Siempre has tenido una debilidad por él.

OLGA: Y tú una debilidad contra él. (PAUSA.) Louis, me interesa la conveniencia del Partido. Hemos perdido mucha gente desde que están los alemanes y no podemos permitirnos el lujo de liquidar a este muchacho sin averiguar siquiera si es recuperable.

LOUIS: ¿Recuperable? Era un pobre anarquista indisciplinado, un burgués que trabajaba cuando le venía en ganas y que dejaba el trabajo por cualquier cosa.

OLGA: También es el tipo que a los veinte años despachó a Hoederer en medio de sus guardaespaldas y que se las arregló para hacer pasar un asesinato político por crimen pasional.

LOUIS: ¿Fue un asesinato político? Es una historia que jamás se aclaró.

OLGA: Bueno, pues justamente: es una historia que hay que aclarar ahora.

LOUIS: Es una historia que apesta; no quisiera tocarla. Y de todos modos no tengo tiempo de tomarle examen.

OLGA: Yo tengo tiempo. (GESTO DE LOUIS.)

LOUIS: ¿Qué propones?

OLGA: ¿Qué hora es?

LOUIS: Las nueve.

OLGA: Vuelvan a medianoche. Sabré por qué disparó contra Hoederer y en qué está convertido hoy. Si juzgo en conciencia que puede trabajar con nosotros, se los diré a través de la puerta, lo dejarán dormir tranquilo y le darán instrucciones mañana por la mañana.

LOUIS: ¿Y si no es recuperable?...

OLGA: Les abriré la puerta.

LOUIS: Gran riesgo para poca cosa.

OLGA: (LOUIS NO SE MUEVE.) Trabajó para nosotros. Hay que darle una oportunidad.

LOUIS: Cita a medianoche. (SALE.)



## ESCENA IV

OLGA, LUEGO HUGO

(OLGA SE DIRIGE A LA PUERTA Y LA ABRE, HUGO SALE.)

- HUGO: Quitaste mi foto. (UNA PAUSA.) (OLGA NO RESPONDE. EL LA MIRA.)  
Tienes una cara rara. ¿Qué querían?
- OLGA: Te buscan.
- HUGO: ¡Ah! ¿Les dijiste que estaba aquí?
- OLGA: Sí.
- HUGO: ¡Ah! (SE SIENTA A LA MESA.) Dame de comer. (OLGA VA A BUSCAR UN  
PLATO, PAN Y JAMBÓN. MIENTRAS DISPONE EL PLATO Y LOS ALIMENTOS SOBRE  
LA MESA, DELANTE DE EL, HUGO HABLA.) No me equivoqué con tu cuarto.  
Ni una vez. Todo está como en mi recuerdo. (UNA PAUSA.) Sólo que  
cuando estaba a la sombra, me decía: es un recuerdo. El verdadero  
cuarto está allá, del otro lado de la pared. Entré, miré tu cuarto  
y no parecía más verdadero que mi recuerdo. La celda también era un  
sueño. Y los ojos de Hoederer, el día que disparé contra él. ¿Crees  
que tengo alguna posibilidad de despertar? Quizá cuando vengan tus  
compañeros con sus juguetes...
- OLGA: No te tocarán mientras estés aquí.
- HUGO: ¿Conseguiste eso? (SE SIRVE UN VASO DE VINO.) No habrá más remedio  
que salir.
- OLGA: Tienes una noche. Muchas cosas pueden suceder en una noche.
- HUGO: ¿Qué quieres que suceda?
- OLGA: Pueden cambiar las cosas.
- HUGO: ¿Qué?
- OLGA: Tú. Yo.
- HUGO: Tú
- OLGA: Depende de ti.
- HUGO: ¿Se trata de que yo te cambie? (SE RIE, LA MIRA, SE LEVANTA Y LA  
ABRAZA. OLGA SE APARTA VIVAMENTE.)
- OLGA: Así, no. Así sólo me cambian cuando yo lo quiero. (UNA PAUSA. HUGO  
SE ENCOGE DE HOMBROS Y VUELVE A SENTARSE. EMPIEZA A COMER.)
- HUGO: ¿Y entonces?
- OLGA: ¿Por qué no vuelves con nosotros?
- HUGO: (ECHANDOSE A REIR.) Has elegido bien el momento para pedírmelo.
- OLGA: ¿Y si fuera posible? ¿Si toda esta historia reposara en un malenter-  
dido? ¿Nunca te preguntaste qué harías al salir de la cárcel?
- HUGO: No lo pensaba.
- OLGA: ¿En que pensabas?
- HUGO: En lo que había hecho. Trataba de comprender por qué lo había hecho.
- OLGA: ¿Acabaste por comprender? (HUGO SE ENCOGE DE HOMBROS.) ¿Cómo suce-  
dió lo de Hoederer? ¿Es cierto que andaba rondando a Jessica?
- HUGO: Sí.
- OLGA: Fue por celos...
- HUGO: No sé. No..., no lo creo
- OLGA: Cuenta.
- HUGO: ¿Qué?
- OLGA: Todo. Desde el principio.
- HUGO: Cuenta; no será difícil: es una historia que conozco de memoria;  
me la repetía todos los días en la cárcel. En cuanto a decir lo que  
significa, es otra cuestión. Es una historia idiota, como todas las  
historias. Un acto marcha demasiado rápido. Sale de ti, bruscamente  
y no sabes si es porque lo quisiste o porque no pudiste contenerlo.  
El hecho es que disparé...
- OLGA: Empieza por el comienzo.

HUGO: El comienzo lo conoces tan bien como yo. Además, ¿acaso lo hay? Puede comenzarse la historia en el 43, cuando Louis me citó. O bien un año antes, cuando entré en el Partido. O quizá antes todavía, con mi nacimiento. En fin. Supongamos que todo comenzó en marzo de 1943.  
(MIENTRAS HABLA; POCO A POCO VA OSCURECIENDOSE LA ESCENA.)

## TELON

## SEGUNDO CUADRO

EL MISMO DECORADO, DOS AÑOS ANTES, EN CASA DE OLGA. POR LA PUERTA DEL FONDO, DEL LADO DEL PATIO, SE OYE UN RUIDO DE VOCES, UN RUMOR SI VARIAS PERSONAS HABLARAN ANIMADAMENTE.

## ESCENA I

HUGO, IVAN, LUGO LOUIS

(HUGO ESCRIBE A MAQUINA. PARECE MUCHO MAS JOVEN QUE EN LA ESCENA ANTERIOR. IVAN SE PASEA DE UN LADO AL OTRO, NERVIOSO.)

HUGO: ¿Cómo te llamas?

IVAN: Iván. ¿Y tú?

HUGO: Hugo.

IVAN: ¿Has matado?

HUGO: No. (UNA PAUSA.) ¿Quién te ha enviado aquí?

IVAN: Louis.

HUGO: ¿Y qué tienes que hacer?

IVAN: Esperar que sean las diez.

HUGO: ¿Y después?

(GESTO DE IVAN PARA INDICAR QUE HUGO NO DEBE INTERROGARLO.)  
(RUMOR QUE VIENE DE LA HABITACION VECINA. PARECERÍA UNA DISPUTA.)

IVAN: ¿Qué están tramando ahí dentro los muchachos?

(GESTO DE HUGO PARA INDICAR QUE NO DEBE INTERROGARLO.)

HUGO: Lo fastidioso es que la conversación no puede ir muy lejos.

(UNA PAUSA.)

IVAN: ¿Hace mucho que estás en el Partido?

HUGO: Desde el 42; hace un año. Entré cuando el Regente declaró la guerra a la U.R.S.S. ¿Y tú?

IVAN: Ya ni me acuerdo. Creo que siempre estuve. (UNA PAUSA.) ¿Tú eres el que hace el periódico?

HUGO: Yo y otros.

IVAN: A veces llega a mis manos, pero no lo leo. No es culpa de ustedes, pero las noticias tienen ocho días de retraso comparadas con las de la BBC o las de la Radio Soviética.

HUGO: ¿De dónde quieres que saquemos las noticias? También las escuchamos por radio.

IVAN: No digo nada. Tú haces el trabajo, no hay nada que reprocharte. (UNA PAUSA.) ¿Qué hora es?

HUGO: Las diez menos cinco.

IVAN: UF. (BOSTEZA.)

HUGO: ¿Qué tienes?

IVAN: Nada.

HUGO: No pareces cómodo.

IVAN: Estoy bien, te digo. Siempre estoy así antes.

HUGO: ¿Antes de qué?

IVAN: De nada. (UNA PAUSA.) Cuando esté en la bicicleta, todo irá mejor. (UNA PAUSA.) Me siento demasiado blando. No haría daño a una mosca.

(BOSTEZA. APARECE OLGA POR LA PUERTA DE ENTRADA.)

## ESCENA II

LOS MISMOS - OLGA. (DEJA UNA VALIJA CERCA DE LA PUERTA.)

OLGA: (A IVAN.) Ahí está. ¿Podrás sujetarla en el portaequipaje?

IVAN: A ver. Sí. Muy bien.

OLGA: Son las diez. Puedes largarte. Te dijeron la barrera y la casa.

IVAN: Sí.

OLGA: Buena suerte.

IVAN: (UNA PAUSA.) ¿Me besas?

OLGA: Por supuesto. (LO BESA EN LAS DOS MEJILLAS.)

IVAN: (VA A TOMAR LA VALIJA Y SE VUELVE EN EL MOMENTO DE SALIR.)

HUGO: (SONRIENDO.)

(IVAN SALE.)

## ESCENA III

HUGO - OLGA

(HUGO LA MIRA ATENTAMENTE.)

HUGO: ¿Qué va a hacer?

OLGA: No necesitas saberlo.

HUGO: Va a hacer saltar el puente de Korsk.

OLGA: ¿Por qué quieres que te lo diga? En caso de que fracase, cuanto menos sepas, mejor.

HUGO: Claro: tú sujetarás la lengua. Eres como Louis: te matarían sin que hablaras. (BREVE SILENCIO.) ¿Qué les demuestra que hablaré? ¿Cómo podrían tenerme confianza si no me ponen a prueba?

OLGA: El Partido no es una escuela nocturna. No buscamos ponerte a prueba sino utilizarte según tus aptitudes.

HUGO: (SEÑALANDO LA MAQUINA DE ESCRIBIR.) ¿Y ésas son mis aptitudes?

OLGA: ¿Sabrías levantar vías?

HUGO: No.

OLGA: ¿Entonces? (UN SILENCIO. HUGO SE MIRA EN EL ESPEJO.) ¿Te encuentras guapo?

HUGO: Miro si me parezco a mi padre. (UNA PAUSA.) Con bigotes sería patente.

OLGA: (ENCOGIENDOSE DE HOMBROS). ¿Y?

HUGO: No me gusta mi padre.

OLGA: Ya lo sabemos.

HUGO: Me dijo: "También yo, en mis tiempos, formé parte de un grupo revolucionario; escribía en el periódico. Te pasará como me pasó a mi..."

OLGA: ¿Por qué me cuentas esto?

HUGO: Por nada. Lo pienso cada vez que me miro en un espejo.

OLGA: (SEÑALANDO LA PUERTA DE LA SALA DE REUNION). ¿Louis está ahí dentro?

HUGO: Sí.

OLEA: ¿Y Hoederer?

HUGO: No lo conozco, pero supongo que sí. ¿Quién es?

OLGA: Era un diputado del Landstag antes de la disolución. Ahora es secretario del Partido.

HUGO: Gritan fuerte. Parece que hay lío.

OLGA: Hoederer ha reunido al comité para hacerle votar una proposición.

HUGO: ¿Cuál?

OLGA: No sé. Sólo sé que Louis está en contra.

HUGO: (SONRIENDO.) Entonces, si él está en contra, yo estoy en contra también. No es necesario saber de qué se trata. (UNA PAUSA.) Olga, tienes que ayudarme.



OLGA: ¿A qué?

HUGO: A convencer a Louis de que me utilice para acción directa. Estoy harto de escribir mientras los compañeros se hacen matar.

OLGA: Tú también corres riesgos.

HUGO: No los mismos. (UNA PAUSA.) Olga, no tengo ganas de vivir.

OLGA: ¿De veras? ¿Por qué?

HUGO: ¡Bah!

OLGA: Quieres a tu mujer

HUGO: Sí. Por supuesto. (UNA PAUSA.) Un tipo que no tiene ganas de vivir tendría que servir si supieran utilizarlo. (UNA PAUSA. GRITOS Y RUMORES QUE VIENEN DE LA SALA DE REUNIÓN.) Anda mal la cosa, ahí.

OLGA: (INQUIETA). Muy mal.

---

ESCENA IV

LOS MISMOS - LOUIS

(LA PUERTA SE ABRE. LOUIS SALE CON OTROS DOS HOMBROS QUE PASAN RAPIDAMENTE, ABREN LA PUERTA DE ENTRADA Y SALEN.)

LOUIS: Se acabó.

OLGA: ¿Y Hoederer?

LOUIS: Se marchó por la parte de atrás.

OLGA: ¿Y entonces?

LOUIS: (SE ENCOGE DE HOMBROS SIN RESPONDER. UNA PAUSA. LUEGO:) ¡Cerdos!

OLGA: ¿Votaron?

LOUIS: Sí. (UNA PAUSA.) Está autorizado a iniciar las negociaciones. Cuando vuelva con ofertas precisas, la tendrá ganada.

OLGA: ¿Para cuándo la próxima reunión?

LOUIS: Dentro de diez días. Siempre nos queda una semana. (OLGA LE SEÑALA A HUGO.) ¿Qué? Ah, sí... ¿Todavía estás aquí, tú? (LO MIRA Y PROSIGUE DISTRAIDAMENTE.) Todavía estás aquí. (HUGO HACE UN MOVIMIENTO PARA IRSE.) Quédate. Quizá tenga trabajo para ti. (A OLGA.) Tú lo conoces mejor que yo. ¿Qué tal es?

OLGA: Puede pasar.

LOUIS: ¿No corre riesgo de achicarse?

OLGA: Seguro que no.

LOUIS: Bueno. (UNA PAUSA. VUELVESE HACIA HUGO.) ¿Parece que quieres actuar?

HUGO: Sí.

LOUIS: ¿Por qué?

HUGO: Porque sí.

LOUIS: Perfecto. Sólo que no sabes hacer nada con tus manos.

HUGO: Así es. No sé hacer nada.

LOUIS: ¿Y entonces?

HUGO: En Rusia, a fines del otro siglo, había tipos que se situaban en el camino de un gran duque con una bomba en el bolsillo. La bomba estalla, el gran duque saltaba y el tipo también. Puedo hacer eso.

LOUIS: Eran anarquista. Sueñas con eso porque eres como ellos: un intelectual anarquista. Estás cincuenta años retrasado.

HUGO: Entonces soy un incapaz.

LOUIS: En ese dominio, sí.

HUGO: No hablemos más del asunto.

LOUIS: Espera. (UNA PAUSA.) Quizá te encuentre algo que hacer.

HUGO: ¿Trabajo de verdad?

LOUIS: ¿Por qué no?

HUGO: ¿Y me tendrás confianza de verdad?

- LOUIS: Depende de tí.
- HUGO: Louís, haré cualquier cosa.
- LOUIS: Vamos a ver. Siéntate. (UNA PAUSA). La situación es ésta: por un lado el gobierno fascista del Regente, que sigue con su política la línea del Eje; por el otro nuestro Partido, que lucha por la libertad, por una sociedad sin clases. Entre los dos, el Pentágono que agrupa clandestinamente a los burgueses liberales y a los nacionalistas. Tres grupos de intereses inconciliables, tres grupos de hombres que se odian. (UNA PAUSA). Hoederer nos ha reunido esta noche porque quiere que el Partido proletario se asocie a los fascista y al Pentágono para compartir el poder con ellos, después de la guerra. ¿Qué te parece?
- HUGO: (SONRIENDO.) Te burlas de mí.
- LOUIS: ¿Por qué?
- HUGO: Porque es idiota.
- LOUIS: Sin embargo es lo que acaba de discutirse aquí durante tres horas.
- HUGO: (ESTUPEFACTO.)
- LOUIS: ¿Qué harías si la mayoría se hubiera declarado a favor de ese acercamiento?
- HUGO: Abandoné mi familia y mi clase el día que comprendí lo que era la opresión. En ningún caso aceptaría compromiso con ellas.
- LOUIS: ¿Y si las cosas hubieran llegado a ese punto?
- HUGO: Entonces tomaría un petardo y me ría a despachar a un policía en la Plaza Real. Y después esperaría al lado del cadáver a ver qué me sucede. (UNA PAUSA.) Pero es una broma.
- LOUIS: El comité ha aceptado la propuesta de Hoederer por cuatro votos contra tres. La semana que viene Hoederer se verá con los emisarios del Regente.
- HUGO: ¿Es un vendido?
- LOUIS: No lo sé y me importa un cuerno. Objetivamente es un traidor; eso me basta.
- HUGO: Pero Louis... En fin, yo no sé, es... es absurdo; el Regente nos odia, nos acosa, lucha contra la U.R.S.S. al lado de Alemania, hace fusilar a los nuestros; ¿cómo puede?...
- LOUIS: El Regente ya no cree en la victoria del Eje; quiere salvar el pellejo. Si los Aliados ganan, desea poder decir que hacía doble juego.
- HUGO: Pero los compañeros...
- LOUIS: Todo el P.A.C. al que represento está contra Hoederer. Sólo que ya sabes lo que es: el Partido proletario ha nacido de la fusión del P.A.C. y de los social-demócratas. Los social-demócratas han votado por Hoederer y son la mayoría.
- HUGO: ¿Por qué han?...
- LOUIS: Porque Hoederer les da miedo...
- HUGO: ¿No podemos?
- LOUIS: ¿Una escisión? Imposible. (PAUSA.) ¿Estás con nosotros, chico?
- HUGO: Olga; y tú me lo habéis enseñado todo y os lo debo todo. Para mí el Partido sois vosotros.
- LOUIS: (A OLGA.) ¿Piensa lo que dice?
- OLGA: Sí.
- LOUIS: Bueno. (A HUGO<sup>11</sup>) Comprendes bien la situación: no podemos irnos ni ganársela al comité. Pero es únicamente una maniobra de Hoederer. Sin Hoederer, nos metemos a los otros en el bolsillo. (UNA PAUSA.) Hoederer pidió el martes último al Partido que le proporcionara un secretario. Un estudiante. Casado
- HUGO: ¿Por qué casado?
- LOUIS: No sé. ¿Tú eres casado?
- HUGO: Sí.
- LOUIS: ¿Y entonces? ¿Estás de acuerdo? (SE MIRAN UN MOMENTO.)

- HUGO: (CON FUERZA.) Sí.
- LOUIS: Muy bien. Partirás mañana con tu mujer. Vive a veinte kilómetros de aquí. Está con tres mocetones preparados para caso de apuro. Sólo tendrás que vigilarlo, estableceremos un enlace no bien llegues. No debe verse con los enviados del Regente. O en todo caso, no debe verse con ellos dos veces, ¿comprendido?
- HUGO: Sí.
- LOUIS: La noche que te digamos abrirás la puerta a tres camaradas que acabarán la tarea; habrá un auto en el camino y te largarás con tu mujer entretanto.
- HUGO: ¡Oh! Louis...
- LOUIS: ¿Qué?
- HUGO: Entonces. No es más que eso. ¿De eso me juzgas capaz?
- LOUIS: ¿No estás de acuerdo?
- HUGO: No. De ningún modo; no quiero ser carnero. Un intelectual anarquista no acepta cualquier tarea.
- OLGA: ¡Hugo!
- HUGO: No hay necesidad de enlace ni de espionaje. Haré el asunto yo mismo.
- LOUIS: Es trabajo demasiado duro para un aficionado.
- HUGO: Vuestros tres encontrarán quizá a los guardaespaldas de Hoederer; corren el riesgo de que los liquiden. Si soy su secretario y me gano su confianza, estaré con él varias horas por día.
- LOUIS: (VACILANDO). No...
- OLGA: ¡Louis!
- LOUIS: ¿Eh?
- OLGA: (DULCEMENTE.) Tenle confianza. Busca su oportunidad. Saldrá a flote.
- LOUIS: ¿Respondes por él?
- OLGA: Enteramente.
- LOUIS: Bueno, Entonces, escucha...
- (EXPLOSION SORDA EN LA LEJANIA.)
- OLGA: Le salió bien.
- LOUIS: ¡Apaga la luz! ¡Hugo, abre la ventana!
- (APAGAN LA LUZ Y ABREN LA VENTANA. AL FONDO EL RESPLANDOR ROJO DE UN INCENDIO.)
- OLGA: Todo un incendio. Lo consiguió.
- (ESTAN TODOS EN LA VENTANA.)
- HUGO: Antes de que termine la semana, estaréis aquí, los dos, y esperaréis las noticias; inquietos y hablaréis de mí y yo contaré para vosotros. Y os preguntaréis: ¿qué hace? Y después habrá una llamada telefónica, o bien alguien llamará a la puerta y sonreiréis como ahora y os diréis: "Le salió bien."

TELON

## TERCER CUADRO

Un pabellón. Una cama, armarios, sillones, sillas. Ropas de mujer en todas las sillas, valijas abiertas sobre la cama. JESSICA está instalándose. Va a mirar por la ventana. Vuelve. Se dirige a una valija cerrada que está en un rincón (iniciales H.S.), la lleva a la delantera de la escena, echa una ojeada por la ventana, va a buscar un traje de hombre colgado en un ropero, burga en los bolsillos, saca una llave, abre la valija, revisa apresuradamente, mira por la ventana, vuelve a revisar, encuentra algo que mira, de espaldas al público; nueva ojeada a la ventana. Vuelve, cierra rápidamente la valija, pone de nuevo la llave en la chaqueta y esconde bajo el colchón los objetos que tiene en la mano. Entra Hugo.



## ESCENA I

HUGO - JESSICA

- HUGO: No terminaba nunca. ¿Se hizo largo el tiempo?
- JESSICA: Horriblemente.
- HUGO: ¿Qué hiciste?
- JESSICA: Dormí.
- HUGO: No se hace largo el tiempo durmiendo.
- JESSICA: Soñé que se me hacía largo el tiempo, me desperté y deshice las valijas. ¿Qué opinas de la instalación? (SEÑALA LA MESCOLANZA DE ROPAS SOBRE LA CAMA Y LAS SILLAS.)
- HUGO: No sé. ¿Es provisional?
- JESSICA: (FIRMEMENTE.) Definitiva.
- HUGO: Muy bien.
- JESSICA: ¿Cómo es?
- HUGO: ¿Quién?
- JESSICA: Hoederer.
- HUGO: Como todo el mundo.
- JESSICA: ¿Qué edad tiene?
- HUGO: Entre veinte y sesenta.
- JESSICA: ¿Alto o bajo?
- HUGO: Mediano;
- JESSICA: ¿Señal distintiva?
- HUGO: Una gran cicatriz, una peluca y un ojo de vidrio.
- JESSICA: ¡Qué horror!
- HUGO: No es cierto. No tiene señales distintivas.
- JESSICA: Te las das de listo, serías incapaz de describírmelo.
- HUGO: Claro que sería capaz.
- JESSICA: No. ¿De qué color son sus ojos?
- HUGO: Grises.
- JESSICA: Pobre bicho, cree que todos los ojos son grises. ¿De qué color son los míos? (SE TAPA LOS OJOS CON LA MANO.)
- HUGO: Son dos pabellones de seda, dos jardines andaluces, dos peces luna.
- JESSICA: El color.
- HUGO: Azules.
- JESSICA: Miraste.
- HUGO: No, pero me lo dijiste esta mañana.
- JESSICA: Idiota. (SE LE ACERCA.) Reflexiona bien: ¿tiene bigote?
- HUGO: No. (UNA PAUSA. FIRMEMENTE.) Estoy seguro de que no.
- JESSICA: (TRISTEMENTE.) Quisiera poder creerte.
- HUGO: (REFLEXIONA, LUEGO SE LANZA). Tenía una corbata a lunares.
- JESSICA: ¿A lunares?
- HUGO: A lunares.
- JESSICA: ¡Bah!
- HUGO: Tipo... (HACE EL MOVIMIENTO DE ANUDAR UNA CHALINA.) Ya sabes.
- JESSICA: ¡Te traicionaste. Mientras te hablaba, le miraste la corbata. ¡Hugo, te intimidó!
- HUGO: ¡No, mujer!
- JESSICA: Entonces, ¿por qué le mirabas la corbata?
- HUGO: Para no intimidarlo.
- JESSICA: Está bien. Yo lo miraré, y cuando quieras saber cómo es, no tendrás más que preguntármelo. ¿Qué te dijo?
- HUGO: Le dije que mi padre era vicepresidente de las Carboneras de Tosk, y que lo había abandonado para entrar en el partido.

- JESSICA: ¿Qué te respondió?
- HUGO: Que estaba bien.
- JESSICA: ¿Y después?
- HUGO: No le oculté que me había doctorado, pero le hice comprender bien que no era un intelectual, que no me avergonzaba hacer un trabajo de copista y que y que ponía mi pundonor en la obediencia y la disciplina más estrictas.
- JESSICA: ¿Y qué te respondió?
- HUGO: Que estaba bien.
- JESSICA: ¿Y eso os llevó dos horas?
- HUGO: Hubo silencios.
- JESSICA: Eres de esa gente que cuenta siempre lo que dice a los demás y nunca lo que los demás han respondido.
- HUGO: Porque pienso que te intereso más yo que los otros.
- JESSICA: Por supuesto, bicho. Pero tú eres mío. Los demás no son míos.
- HUGO: Quieres que Hoederer sea tuyo.
- JESSICA: Quiero que todo el mundo sea mío.
- HUGO: ¡Hum! Es vulgar.
- JESSICA: ¿Cómo lo sabes si no lo has mirado?
- HUGO: Hay que ser vulgar para llevar una corbata a lunares.
- JESSICA: (LIGERO SILENCIO.) ¿Te preguntó cómo era yo?
- HUGO: No.
- JESSICA: Por lo demás, no hubieras podido responderle; no sabes nada. ¿No te dijo nada acerca de mí?
- HUGO: Nada.
- JESSICA: No tiene educación.
- HUGO: Ya ves. Además, es demasiado tarde para interesarte en él.
- JESSICA: ¿Por qué?
- HUGO: ¿¿Sujetarás la lengua?
- JESSICA: Con las dos manos.
- HUGO: Morirá.
- JESSICA: ¿Está enfermo?
- HUGO: No, pero será asesinado. Como todos los hombres políticos.
- JESSICA: ¡Ah! (UNA PAUSA.) Y tú, bichito, ¿eres un hombre político.
- HUGO: Claro está.
- JESSICA: ¿Y qué debe hacer la viuda de un hombre político?
- HUGO: Entra en el Partido de su marido y concluye su obra.
- JESSICA: Escucha lo que haré. Iré a buscar a tus asesinos uno por uno, los haré arder de amor y cuando por fin crean que pueden consolar mi languidez altiva y desolada, les hundiré un cuchillo en el corazón.
- HUGO: ¿Qué te divertiría más: matarlos o seducirlos?
- JESSICA: Eres estúpido y vulgar.
- HUGO: Creí que te gustaban los hombres vulgares. (JESSICA NO RESPONDE.) ¿Jugamos o no jugamos?
- JESSICA: No jugamos más. Déjame deshacer las valijas.
- HUGO: ¡Anda! ¡Anda!
- JESSICA: No queda más que la tuya. Dame la llave.
- HUGO: Te la he dado.
- JESSICA: (SEÑALANDO LA VALIJA QUE HA ABIERTO AL COMIENZO DEL CUADRO.) La de ésta no.
- HUGO: Esa la desharé yo mismo.
- JESSICA: No es asunto tuyo, alma mía.
- HUGO: ¿Desde cuándo es tuyo? ¿Quieres jugar a la mujer doméstica?

- JESSICA: Tú juegas bien al revolucionario.
- HUGO: Los revolucionarios no necesitan mujeres domésticas: les cortan la cabeza.
- JESSICA: Prefieres las lobas de pelo negro, como Olga.
- HUGO: ¿Estás celosa?
- JESSICA: Bien lo quisiera. Nunca jugué a eso. ¿Jugamos?
- HUGO: Si tú quieres.
- JESSICA: Bueno. Entonces dame la llave de esa valija,
- HUGO: ¡Jamás!
- JESSICA: ¿Qué hay en la maleta?
- HUGO: Un secreto vergonzoso.
- JESSICA: ¿Qué secreto?
- HUGO: No soy hijo de mi padre.
- JESSICA: Cómo te gustaría, bichito. Pero no es posible: te le pareces demasiado.
- HUGO: ¡Eso no es cierto! ¡Jessica! ¿Crees que me parezco a él?
- JESSICA: ¿Jugamos o no jugamos?
- HUGO: Jugamos.
- JESSICA: Entonces, abre esa valija.
- HUGO: He jurado no abrirla.
- JESSICA: Me da lo mismo, sé lo que hay dentro.
- HUGO: ¿Qué hay?
- JESSICA: Hay... Hay... (PASA LA MANO POR EL COLCHÓN, LUEGO LLEVA LAS DOS MANOS DETRAS DE LA ESPALDA Y BLANDE LAS FOTOS.) ¡Esto!
- HUGO: ¡Jessica!
- JESSICA: (TRIUNFANTE.) Encontré la llave en tu traje oscuro, sé quién es tu amante, tu emperatriz. No soy yo, no es la Loba. Eres tú, querido, tú mismo. Doce fotos tuyas en la valija.
- HUGO: Devuélveme esas fots.
- JESSICA: Doce fotos de tu juventud soñadora. A los tres años, a los seis años a los ocho, a los diez, a los doce, a los dieciséis. Te las llevaste cuando tu padre te echó, te siguen a todas partes; ¡cómo has de quererlas.
- HUGO: Jessica, no juego más.
- JESSICA: A los seis años llevabas un cuello duro que debía rasparte el pescuezo de gallina, y además todo un traje de terciopelo con una chalina. ¡Qué lindo hombrecito, qué chico juicioso! Los niños juiciosos, señora, resultan los revolucionarios más terribles. No dicen nada, no se esconden debajo de las mesas, sólo comen un bombón por vez. Pero más tarde se lo hacen pagar caro a la sociedad.
- (HUGO, QUE APARENTA RESIGNARSE, SALTA BRUSCAMENTE SOBRE ELLA.)
- HUGO: ¡Me las devolverás, bruja!
- JESSICA: ¡Suéltame! (EL LA DERRIBA SOBRE LA CAMA.) Nos mataremos.
- HUGO: Devuélvemelas.
- JESSICA: ¡Va a salir un tiro! (HUGO SE LEVANTA, ELLA MUESTRA EL REVOLVER QUE HA TENIDO DETRAS DE LA ESPALDA.) También había esto en la valija.
- HUGO: Dame.
- (SE LO QUITA, REVISA SU TRAJE OSCURO. TOMA LA LLAVE. VUELVE A LA VALIJA, LA ABRE, RECOGE LAS FOTOS Y LAS PONE JUNTO CON EL REVOLVER EN LA MALETA. PAUSA.)
- JESSICA: ¿Qué significa ese revólver?
- HUGO: Siempre lo llevo conmigo.
- JESSICA: No es cierto. ¿Por qué tienes ese revólver?
- HUGO: ¿Quiéres saberlo?
- JESSICA: Sí, pero contéstame en serio. No tienes derecho a mantenerme fuera de tu vida.



- HUGO: ¿No se lo dirás a nadie?
- JESSICA: A nadie en el mundo.
- HUGO: Es para matar a Hoederer.
- JESSICA: Eres pesado, Hugo. Te digo que no juego más.
- HUGO: ¡Ah! ¡Ah! ¿Acaso estoy jugando? ¿Acaso estoy serio? Misterio. ¡Jessica, serás la mujer de un asesino!
- JESSICA: Pero tú nunca podrás, mi pobre bichito; ¿quieres que lo mate en tu lugar? Iré a ofrecerme a él y...
- HUGO: Gracias. Procederé yo mismo.
- JESSICA: ¿Pero por qué quieres matarlo? Un hombre a quien no conoces.
- HUGO: Para que mi mujer me tome en serio. ¿Me tomarás en serio?
- JESSICA: ¿Yo? Te admiraré, te alimentaré, te distraeré en tu escondrijo y cuando nos hayan denunciado los vecinos me arrojaré sobre ti, gritandote: te quiero.
- HUGO: Dímelo ahora.
- JESSICA: ¿Qué?
- HUGO: Que me quieres.
- JESSICA: Te quiero.
- HUGO: Dímelo de verdad.
- JESSICA: Te quiero.
- HUGO: No es de verdad.
- JESSICA: ¿Qué te pasa? ¿Estás jugando?
- HUGO: No.
- JESSICA: ¿Por qué me pides eso?
- HUGO: No sé. Tengo ganas de pensar que me quieres. Vamos, dilo. Bien.
- JESSICA: Te quiero. Te quiero. No: te quiero. ¡Ah! Vete al diablo. ¿Cómo lo dices tú?
- HUGO: Te quiero.
- JESSICA: Ya ves: no sabes más que yo.
- HUGO: Jessica, tú no crees lo que dije.
- JESSICA: ¿Qué me quieres?
- HUGO: Que voy a matar a Hoederer.
- JESSICA: Naturalmente que lo creo.
- HUGO: Haz un esfuerzo, Jessica. Ponte seria. Mírame a los ojos, No. Sin risa. Escúchame: lo de Hoederer es cierto: el Partido me envía.
- JESSICA: No lo dudo. ¿Por qué no me lo dijiste antes?
- HUGO: Quizá te hubieras negado a acompañarme.
- JESSICA: ¿Por qué? Estos son asuntos de hombre, no me conciernen.
- HUGO: Es un trabajito curioso, ¿sabes? El tipo parece duro.
- JESSICA: Bueno, pues iremos a cloroformarlo y lo ataremos a la boca de un cañón.
- HUGO: ¡Jessica! Estoy serio.
- JESSICA: Yo también.
- HUGO: Tú juegas a estar seria.
- JESSICA: No, tú.
- HUGO: Tienes que creerme, te lo ruego.
- JESSICA: Te creeré si tú crees que estoy seria.
- HUGO: Está bien. Te creo.
- JESSICA: No. Juegas a que me crees.
- HUGO: ¡No acabaremos nunca! (LLAMAN A LA PUERTA.) ¡Entre!

(JESSICA SE SITUA DELANTE DE LA VALIJA, DE ESPALDAS AL PUBLICO, MIENTRAS EL VA A ABRIR.)

## ESCENA II

SLICK - GEORGE - HUGO - JESSICA

(SLICK Y GEORGES, ENTRAN, SONRIENTES. FUSILES AMETRALLADORAS Y CINTURONES CON REVOLVERES. UN SILENCIO.)

- GEORGES: Somos nosotros.
- HUGO: Son los guardaespaldas de Hoederer.
- JESSICA: Figúrate que lo había adivinado.
- SLICK: (SEÑALANDO EL FUSIL AMETRALLADORA). ¿Por esto?
- JESSICA: También por eso.
- GEORGES: No debe tomarnos por profesionales, ¿eh? Yo soy plomero. Hacemos un pequeño extra porque el Partido nos lo pidió.
- JESSICA: Así que tiene miedo el patrón.
- SLICK: No tiene miedo, pero no quiere que lo maten.
- JESSICA: ¿Por qué habrían de matarlo?
- SLICK: Por qué, no lo sé. Pero lo seguro es que quieren matarlo. Sus compañeros han venido a avisárelo, no hace quince días.
- JESSICA: ¡Qué interesante!
- SLICK: ¡Oh! Ya cambiará usted de opinión, ni siquiera es espectacular. Hay que montar guardia, eso es todo.
- (DURANTE LA REPLICA DE SLICK, GEORGES DA UNA VUELTA POR LA HABITACION CON AIRE FALSAMENTE DESCUIDADO.)
- (GEORGES PALPA EL TRAJE FINGIENDO SACUDIRLO.)
- HUGO: Son simpáticos, ¿eh?
- JESSICA: Exquisitos.
- HUGO: ¿Y viste qué pinta tienen?
- JESSICA: ¡Robles! Harán un trío de amigos. Mi marido adora a los matachines. Hubiera querido serlo.
- SLICK: No tiene pasta. Está hecho para secretario.
- HUGO: (SE DIRIGE A LA PUERTA Y LA ABRE.) Vuelvan cuando quieran, están en su casa.
- (SLICK SE DIRIGE TRANQUILAMENTE A LA PUERTA Y LA CIERRA.)
- SLICK: Ya nos vamos. Nos vamos en seguida. Sólo una pequeña formalidad.
- HUGO: ¿Qué?
- SLICK: Registrar la habitación.
- HUGO: No.
- SLICK: No te gastes, chico, tenemos órdenes.
- HUGO: ¿Hoederer os ha dado orden de registrar mi cuarto?
- GEORGE: Vamos, precioso, no te hagas el idiota. Te digo que nos avisaron: habrá barullo un día de éstos. Cómo crees que te dejaremos entrar aquí sin mirarte los bolsillos.
- HUGO: Pregunto si Hoederer os ha encargado especialmente que registréis mis cosas.
- SLICK: Nadie entra aquí sin que lo registren. Es la regla, Eso es todo.
- HUGO: Y a mí no me registraréis. Será la excepción. Eso es todo,
- GEORGES: ¿No eres del Partido?
- HUGO: Sí.
- GEORGES: Entonces, ¿qué te enseñaron, allá? ¿No sabes lo que es una consigna?
- HUGO: Respeto las consignas, pero también me respeto a mí mismo y no obedesco las órdenes idiotas dadas expresamente para ridiculizarme.
- SLICK: ¿Lo oyes? Dime, Georges, ¿tú te respetas?
- GEORGES: No lo creo. Se notaría. ¿Y tú, Slick?
- SLICK: Estás loco. No tienes derecho a respetarte si no eres por lo menos secretario.

- HUGO: ¡Pobres idiotas! Si entré en el Partido fue para que todos los hombres, secretarios o no, tengan un día ese derecho.
- GEORGES: Hazlo callar, Slick, o me hará llorar.  
(GEORGES SE RASCA EL CRANEO. JESSICA, QUE HA PERMANECIDO MUY TRANQUILA DURANTE TODA LA ESCENA, SE ACERCA A ELLOS.)
- JESSICA: ¿Por qué no telefonear a Hoederer? Los pondrá de acuerdo.  
(GEORGES Y SLICK SE CONSULTAN CON LA MIRADA.)
- GEORGES: Se puede hacer. (SE ACERCA AL APARATO, DESCUELGA Y LLAMA.) ¡Hola! El nene no quiere obedecer. ¿Qué? Charlatanerías! (VOLVIENDOSE HACIA SLICK.) Fue a ver al Viejo.
- SLICK: De acuerdo, pero te dire, Georges. Yo quiero bien a Hoederer, pero si le diera por hacer una excepción con este hijo de ricos, cuando revisamos hasta los fondillos al mismo cartero, lo dejo plantado.
- GEORGES: De acuerdo.
- SLICK: Porque es posible, mi gran camarada; pero aunque el mismo Hoederer diera orden de registrarme, dejaría esta casa cinco minutos después.
- GEORGES: ¡Slick!
- SLICK: ¿Qué?
- GEORGES: ¿No te parece que el señor tiene facha de aristócrata?
- HUGO: ¡Jessica!
- JESSICA: ¿Qué?
- HUGO: ¿No te parece que los señores tienen facha de jodidos?
- SLICK: (SE LE ACERCA Y LE PONE LA MANO EN EL HOMBRO.) ¡No metas la pata, nenito, porque ya que somos jodidos, bien podríamos empezar a joder!  
(ENTRA HOEDERER.)

## ESCENA III

LOS MISMOS - HOEDERER

- HOEDERER: ¿Por qué me molestáis?  
(SLICK DA UN PASO ATRAS.)
- SLICK: No quiere que lo registren.
- HUGO: Si usted les permite que me registren, me voy. Eso es todo.
- GEORGES: Y si tú nos lo impides, seremos nosotros los que nos iremos.
- HOEDERER: Sentaos. (SE SIENTAN DE MALA GANA.) A propósito Hugo, aquí todo el mundo se tutea. (TOMA UN SLIP Y UN PAR DE MEDIAS DEL RESPALDO DEL SILLON Y SE DISPONE A PONERLOS SOBRE LA CAMA.)
- JESSICA: ¿Me permite?  
(SE LOS TOMA DE LAS MANOS, LOS ENVUELVE Y, SIN MOVERSE DE SU SITIO LOS ARROJA SOBRE LA CAMA.)
- HOEDERER: ¿Cómo te llamas?
- JESSICA: ¿A las mujeres también las tutea?
- HOEDERER: Sí.
- JESSICA: Me acostumbraré. Me llamo Jessica.
- HOEDERER: (LA MIRA.) Creí que serías fea.
- JESSICA: Lo siento.
- HOEDERER: (SIEMPRE MIRANDOLA.) Sí. Es lamentable.
- JESSICA: ¿Tengo que afeitarme la cabeza?
- HOEDERER: (SIN DEJAR DE MIRARLA.) No. (SE ALEJA UN POCO DE ELLA.) ¿Por ti querían irse a las manos?
- JESSICA: Todavía no.
- HOEDERER: Que no suceda nunca. (SE SIENTA EN EL SILLON.) El registro no tiene importancia. Ya hablaremos de eso. (A SLICK.) ¿Qué le reprochabas?  
¿Habla como un libro?
- SLICK: Cuestión de clase.



- HOEDERER: Nada de eso aquí. Las clases se dejan fuera. (LOS MIRA.) Hijos míos habéis empezado mal. (A HUGO.) Tú te haces el insolente porque eres el más débil. (A SLICK Y A GEORGES.) Habéis empezado por mirarlo de soslayo. Mañana le haréis bromas y la semana próxima, cuando necesite dictarle una carta, vendréis a decirme que lo han pescado en el estanque.
- HUGO: No, si puedo evitarlo.
- HOEDERER: No puedes evitar nada. No te crispes, chico. No hay que dejar que las cosas lleguen a tanto, eso es todo. Cuatro hombres que viven juntos se quieren o se deguellan. Me haréis el gusto de quererlos.
- GEORGES: (CON DIGNIDAD.) Los sentimientos no se imponen.
- HOEDERER: (CON FUERZA.) Se imponen. Se imponen, cuando se está sirviendo, entre tipos del mismo Partido.
- SLICK: Nadie le desea mal. Nadie lo crítica, Pero sin embargo, uno tiene el derecho...
- HOEDERER: No tenéis ningún derecho. "¡Nadie lo critica!" Id a miraros, la jeta en el espejo y después vendréis a hablarme de sentimientos delicados, si tenéis coraje. Se juzga a un tipo por su trabajo. Y cuidado, que no os juzgue por el vuestro, que andáis bastante flojos los últimos tiempos.
- HUGO: (GRITANDO) ¡No me defienda! ¡Quién le pide que me defienda? Cuando LOS Vi entrar hace un rato, reconocí la sonrisa. No eran lindos puede creerme; venían a hacerme pagar por mi padre y por mi abuelo y por todos los de mi familia que comieron a costa de su hambre. Los conozco; nunca me aceptarán; cien mil me miran con esa sonrisa. He luchado, me he humillado lo hice todo para que olvidaran, les repetí que los amaba, que los envidiaba, que los admiraba. ¡No hay nada que hacer! Soy un hijo de ricos, un intelectual, un tipo que no trabaja con sus manos. Bueno, que piensen lo que quieran.
- (SLICK Y GEORGES SE MIRAN EN SILENCIO.)
- HOEDERER: (A LOS GUARDAESPALDAS.) ¿Y? (SLICK Y GEORGES SE ENCOGEN DE HOMBROS EN SEÑAL DE INCERTIDUMBRE. No tendré más miramientos con él que con vosotros; ya sabéis que no tengo miramientos con nadie. No trabajará con sus manos, pero lo haré sudar tinta. (IRRITADO.) ¡Ah! Terminemos.
- SLICK: (DECIDIENDOSE.) ¡Bueno! (A HUGO.) Chico, no es que me gustes. Es inútil, hay algo entre nosotros que no pega. Pero no digo que seas el dedo malo, y además, es cierto que empezamos mal. Tratemos de no hacernos la vida imposible. ¿De acuerdo?
- HUGO: (BLANDAMENTE.) ¡Si quieréis!
- SLICK: ¿De acuerdo, Georges?
- GEORGES: Sigamos así.
- (UNA PAUSA.)
- HOEDERER: (TRANQUILAMENTE.) Queda la cuestión del registro.
- SLICK: Sí. El registro... ¡Oh! Ahora...
- GEORGES: Lo que dijimos era por decir, no más.
- SLICK: Cuestión de poner las cosas en su punto.
- HOEDERER: (CAMBIO DE TONO.) ¡Quién os pide vuestra opinión? Haréis el registro si os pido que lo hagáis. (A HUGO, RECOBRANDO SU VOZ ORDINARIA.) Confío en ti, muchacho, pero tienes que ser realista. Si hoy hago una excepción contigo, mañana me pedirán que haga dos, y para terminar, vendrá un tipo a degollarnos a todos porque habrán dejado de darle vuelta a los bolsillos. Supón que te lo pidan cortésmente, ahora que sois amigos, ¿te dejarás registrar?
- HUGO: Me temo que no.
- HOEDERER: (LO MIRA.) ¿Y si yo te lo pido? (UNA PAUSA.) Ya veo: tienes principios. Pero los principios y yo... (UNA PAUSA.) Miráme. ¿No tienes armas?
- HUGO: No.
- HOEDERER: ¿Tu mujer tampoco?
- HUGO: No.
- HOEDERER: Está bien. Confío en ti. Marchaos, vosotros dos.

- JESSICA: (SE VUELVEN.) Hugo, estaría mal no responder a la confianza con la confianza.
- HUGO: ¿Qué?
- JESSICA: Podéis registrarlo todo.
- HUGO: Pero Jessica...
- JESSICA: Les harás creer que escondes un revólver.
- HUGO: ¡Loca!
- JESSICA: Vamos, déjalos. Tu orgullo está a salvo, ya que les rogamos que lo hagan.
- (GEORGES Y SLICK PERMANECEN VACILANTES EN EL UMBRAL DE LA PUERTA)
- HODERER: Bueno, ¿qué esperáis? Habéis comprendido.
- SLICK: Creímos...
- HOEDERER: No hay nada que creer, haced lo que os dicen.
- SLICK: Bueno. Bueno. Bueno.
- GEORGES: No valía la pena hacer tantas historias.
- (MIENTRAS SE PONEN A REGISTRAR, BLANDAMENTE, HUGO NO DEJA DE MIRAR A JESSICA CON ESTUPOR.)
- HOEDERER: (A SLICK Y A GEORGES). Y que esto os enseñe a confiar en la gente. Yo siempre confío. En todo el mundo! (REGISTRAN.) ¡Qué blandos sois! El registro tiene que ser serio, pues os lo han propuesto seriamente. Slick, mira debajo del repero. Así. Saca ese traje. Pípallo.
- SLICK: Ya lo hice.
- HODERER: Vuelve a hacerlo. Mira también debajo del colchón. Bien. Slick, continúa. Y tú, Georges, ven aquí. (SEÑALANDO A HUGO.) Regístralo. No tienes más que tantear los bolsillos de la chaqueta. Así. Y los del pantalón. Está bien. Y el bolsillo revólver. Perfecto.
- JESSICA: ¿Y yo?
- HOEDERER: Ya que lo pides. ¡Georges! (GEORGES NO SE MUEVE.) ¿Y? ¿Te asusta?
- GEORGES: ¡Oh! Está bien.
- (SE ACERCA A JESSICA, MUY ROJO, Y LA ROZA CON LA PUNTA DE LOS DEDOS. JESSICA SE RIE.)
- JESSICA: Tiene manos de camarera.
- (SLICK HA LLEGADO A LA VALIJA QUE CONTENIA EL REVOLVER.)
- SLICK: ¿Las valijas están vacías?
- HUGO: )TENSO). Sí.
- (HOEDERER LO MIRA CON ATENCION).
- HOEDERER: ¿Esa también?
- HUGO: Sí.
- (SLICK LA LEVANTA.)
- SLICK: NO.
- HUGO: Ah... no, ésa no. Iba a deshacerla cuando entrasteis.
- (SLICK LA ABRE Y REGISTRA.)
- SLICK: Nada.
- HOEDERER: Bueno. Se acabó. A largarse.
- SLICK: (A HUGO.) ¿Sin rencor?
- HUGO: Sin rencor.
- JESSICA: (MIENTRAS SALEN). Iré a visitarlos.

## ESCENA IV

JESSICA - HOEDERER - HUGO

HOEDERER: En tu lugar, no iría a verlos demasiado a menudo.

JESSICA: ¿Por qué? Son tan delicados; Georges sobre todo: es una niña.

- HOEDERER: ¡Hum! (SE ACERCA A ELLA.) Eres linda, es un hecho. De nada sirve lamentarlo. Pero siendo las cosas como son, sólo veo dos soluciones. La primera, si tienes el corazón bastante amplio, es hacernos felices a todos.
- JESSICA Tengo el corazón muy pequeño.
- HOEDERER: Me lo sospechaba. Además, se las arreglarían para, a pesar de todo. Queda la segunda solución: cuando tu marido se va, te encierras y no abres a nadie, ni siquiera a mí.
- JESSICA: Sí. Bueno, si usted me lo permite, elegiré la tercera.
- HOEDERER: Como quieras. (SE INCLINA UN POCO SOBRE ELLA Y RESPIRA PROFUNDAMENTE.) Hueles bien. No te pongas ese perfume cuando vayas a verlos.
- JESSICA: No me he puesto perfume.
- HOEDERER: Peor. (SE APARTA Y CAMINA LENTAMENTE HASTA EL CENTRO DE LA HABITACION: LUEGO SE DETIENE. DURANTE TODA LA ESCENA, SUS MIRADAS LO BURGARAN TODO. BUSCA ALGO. DE VEZ EN CUANDO, SU MIRADA SE DETIENE EN HUGO Y LO ESCRUTA. Bueno. ¡Ya está! (SILENCIO.) ¡Ya está. (SILENCIO.) Hugo, vendrás a verme mañana a las diez de la mañana.
- HUGO: No sé.
- HOEDERER: (DISTRÁIDAMENTE, MIENTRAS SUS OJOS HURGAN POR TODAS PARTES). Bueno. Ya está. Todo está bien. Todo acabó bien. ¡Qué caras raras tenéis, hijos míos! ¡Todo está bien, vamos! Todo el mundo está reconciliado, todo el mundo se quiere... (BRUSCAMENTE.) Estás fatigado, muchacho
- HUGO: No es nada. (HOEDERER LO MIRA ATENTAMENTE, HUGO, INCOMODO, HABLA HACIENDO UN ESFUERZO.) Le pido... disculpas... por el incidente... de hace un rato.
- HOEDERER: (SIN DEJAR DE MIRARLO.) Ni pensaba siquiera en eso.
- HUGO: En adelante, usted...
- HOEDERER: Te dije que me tutearas.
- HUGO: En adelante, no tendrás de qué quejarte. Observaré la disciplina.
- HOEDERER: ¿Estas seguro de que no estás enfermo? (HUGO NO RESPONDE.) Si estuvieras enfermo, aún habría tiempo de decírmelo y pediría al Comité que me enviara a alguien en tu lugar.
- HUGO: No estoy enfermo.
- HOEDERER: Perfecto. Bueno, voy a dejaros. Supongo que tenéis ganas de estar solos. (SE ACERCA A LA MESA Y MIRA LOS LIBROS. Hegel, Marx, muy bien. Lorca, Thomas Eliot: no los conozco. (HOJEA LOS LIBROS.) Bueno, El Comité me mandó decir que nunca participaste en una acción directa. ¿Es cierto?
- HUGO: Cierto;
- HOEDERER: Debías comerte las uñas. Todos los intelectuales sueñan con actuar.
- HUGO: Me encargaba del periódico.
- HOEDERER: Es lo que me dijeron. Hace dos meses que no lo recibo. Los números de antes, ¿los hacías tú?
- HUGO: Sí.
- HOEDERER: Era trabajo honesto. ¿Y se privaron de un redactor tan bueno para enviármelo?
- HUGO: Pensaron que te serviría.
- HOEDERER: Son muy gentiles. ¿Y a ti? ¿Te divertía abandonar tu trabajo?
- HUGO: Yo...
- HOEDERER: El diario eras tú; había riesgos, responsabilidades; en cierto sentido, hasta podía pasar por acción. (LO MIRA.) Y ahora eres secretario. (UNA PAUSA.) ¿Por qué lo dejaste? ¿Por qué?
- HUGO: Por disciplina.
- HOEDERER: No hables a cada rato de disciplina. Desconfío de la gente que no tiene otra palabra en la boca.
- HUGO: NECESITO DISCIPLINA.
- HOEDERER: ¿Por qué?
- HUGO: (CON CANSANCIO.) Hay demasiados pensamientos en mi cabeza. Tengo que expulsarlos.



- HOEDERER: ¿Qué clase de pensamientos?
- HUGO: "¿Qué hago aquí? ¿Tengo razón para querer lo que quiero? ¿No estoy haciendo comedia?" Cosas así.
- HOEDERER: (LENTAMENTE.) Sí. Cosas así. ¿De modo que en este momento tienes la cabeza llena?
- HUGO: (INCOMODO.) No... No, en este momento no. (UNA PAUSA. Pero pueden volver. Tengo que defenderme. Tengo que alojar otros pensamientos en mi cabeza. Consignas: "Haz esto. Camina. Detente. Di esto" Necesito obedecer. Obedecer es todo. Comer, dormir, obedecer.
- HOEDERER: Muy bien. Si obedeces, podremos entendernos. Escucha... (HOEDERER LO MIRA CON INTERES CRECIENTE.)
- HOEDERER: (CON VOZ DURA Y RAPIDA.) Cuando registraron esa valija tuviste miedo ¿Por qué?
- HUGO: No tuve miedo.
- HOEDERER: Sí. Tuviste miedo. ¿Qué hay dentro?
- HUGO: Registraron y no había nada.
- HOEDERER: ¿Nada? Ya veremos. (SE ACERCA A LA VALIJA Y LA ABRE.) Buscaban un arma. En una valija se pueden esconder armas, pero también pueden esconderse papeles.
- HUGO: O cosas estrictamente personales.
- HOEDERER: A partir del momento en que estás bajo mis órdenes, métete bien en la cabeza que ya no tienes nada tuyo. (REGISTRA.) Camisas, calzoncillos, todo nuevo. ¿Así que tienes dinero?
- HUGO: Mi mujer lo tiene.
- HOEDERER: ¿Qué significan estas fotos? (LAS TOMA Y LAS MIRA. UN SILENCIO.) Era esto. Así que era esto. (MIRA UNA FOTO.) Traje de terciopelo... (MIRA OTRA.) Un gran cuello marinero con una boina. ¡Qué hombrecito!
- HUGO: Devuélvame esas fotos.
- HOEDERER: ¡Chist! (LO RECHAZA.) Aquí están las cosas estrictamente personales. Tenías miedo de que las encontraran.
- HUGO: Si les hubieran puesto encima sus sucias manos, si se hubieran reído al mirarlas, les...
- HOEDERER: Bueno, el misterio está aclarado. Mira lo que es llevar el crimen en la cara; hubiera jurado que ocultabas por lo menos una granada. (MIRA LAS FOTOS.) No has cambiado. Esas piernitas flacas... Evidentemente, nunca tenías apetito. Eras tan pequeño que te subieron a una silla, te cruzaste de brazos y mirabas de arriba abajo al mundo como un Napoleón. No tenías una cara muy alegre. No... No ha de ser divertido ser todos los días un hijo de ricos. Es un mal comienzo en la vida. ¿Por qué arrastrar el pasado en esa valija, si quieres enterrarlo? (GESTO VAGO DE HUGO.) De todos modos te ocupas mucho de ti.
- HUGO: Estoy en el Partido para olvidarme.
- HOEDERER: ¿Y te recuerdas a cada momento que tienes que olvidarte? ¡En fin! Cada uno se las arregla como puede. (LE DEVUELVE LAS FOTOS.) Escóndelas bien. (HUGO LAS TOMA Y SE LAS METE EN EL BOLSILLO INTERIOR DE LA CHAQUETA. Hasta mañana, Hugo.
- HUGO: Hasta mañana.
- HOEDERER: Buenas, Jessica.
- JESSICA: Buenas noches.
- (EN EL UMBRAL DE LA PUERTA, HOEDERER SE VUELVE.
- HOEDERER: Cerrad los postigos y corred los cerrojos. Nunca se sabe quién ronda en el jardín. Es una orden.
- (DADF.)
- ESCENA V
- HUGO - JESSICA
- (HUGO SE DIRIGE A LA PUERTA Y DA DOS VUELTAS DE LLAVE.)
- JESSICA: Verdad que es vulgar. Pero no lleva corbata a lunares.

- HUGO: ¿Dónde está el revólver?
- JESSICA: ¡Cómo me divertí, bichito! Es la primera vez que te veo en una agarrada con hombres de verdad.
- HUGO: Jessica, ¿dónde está ese revólver?
- JESSICA: Alma mía, tú no conoces las reglas de este juego; ¿y la ventana? Pueden mirarnos desde fuera.
- (HUGO VA A CERRAR LOS POSTIGOS Y VUELVE HACIA ELLA.)
- HUGO: ¿Y?
- JESSICA: (SACANDO DEL ESCOTE EL REVÓLVER). Para el registro sería mejor que Hoederer contratara también una mujer. Voy a proponerme.
- HUGO: ¿Cuándo lo tomaste?
- JESSICA: Cuando fuiste a abrir a los perros guardianes.
- HUGO: Te has burlado de nosotros. Creí que te había pescado en su trampa.
- JESSICA: ¿A mí? Estuve a punto de reírmele en las narices: "Confío en vosotros! Confío en todo el mundo. Que esto le enseñe a confiar..." ¿Qué se imagina? La triquiñuela de la confianza sólo da resultados con los hombres.
- HUGO: ¡Y eso habría que verlo!
- JESSICA: ¿Quieres callarte, bichito? Tú estabas emocionado.
- HUGO: ¿Yo? ¿Cuándo?
- JESSICA: Cuando te dije que confiaba en ti.
- HUGO: No, yo no estaba emocionado.
- JESSICA: Sí.
- HUGO: No.
- JESSICA: En todo caso, si alguna vez me dejas con algún buen mozo, no me digas que confías en mí porque, te lo prevengo, eso no me impedirá engañarte si tengo ganas. Al contrario.
- HUGO: Estoy muy tranquilo, me iría con los ojos cerrados.
- JESSICA: ¿Crees que pueden pescarme por el lado sentimental?
- HUGO: No, mi estatuita de nieve; creo en la frialdad de la nieve. El seductor más ardoroso se helaría los dedos. Te acariciaría para calentarte un poco y te lo derretirías entre las manos.
- JESSICA: ¡Idiota! No juego más. (UN SILENCIO MUY BREVE.) ¿Tuviste mucho miedo?
- HUGO: ¿Race un rato? No. No lo creía. Los miraba registrar y me decía: "Estamos jugando al teatro". Nada me parece nunca verdadero del todo.
- JESSICA: ¿Ni siquiera yo?
- HUGO: Tú... (LA MIRA UN MOMENTO, LUEGO, APARTA LA CABEZA.) Dime, ¿tú también tuviste miedo?
- JESSICA: Cuando comprendí que iban a registrarme. Era cara o cruz. De Georges estaba segura que me tocaría apenas, pero Slick me hubiera estrujado. No me asustaba que encontrara el revólver; me asustaban sus manos.
- HUGO: No hubiera debido meterte en esta historia.
- JESSICA: Al contrario, siempre he soñado con ser una aventurera.
- HUGO: Jessica, no es un juego. Ese tipo es peligroso.
- JESSICA: ¿Peligroso para quién?
- HUGO: Para el Partido.
- JESSICA: ¿Para el Partido? Yo creí que era el jefe.
- HUGO: Es uno de los jefes. Pero justamente: él...
- JESSICA: Sobre todo, no me expliques. Creo en tu palabra.
- HUGO: ¿Qué es lo que crees?
- JESSICA: (RECITANDO.) Creo que ese hombre es peligroso, que tiene que desaparecer y que vienes para desp...

- HUGO: ¡Chist! (UNA PAUSA.) Mírame. A veces me digo que juegas a creerme y que no me crees de verdad y otras veces que me crees a fondo pero que finges no creerme. ¿Es cierto?
- JESSICA: (RIENDO.) Nada es cierto.
- HUGO: ¿Qué harías si yo necesitara tu ayuda?
- JESSICA: ¿No acab de ayudarte?
- HUGO: Sí, alma mía, pero no es ésa la ayuda que quiero.
- JESSICA: Ingrato.
- HUGO: (MIRANDOLA). Si pudiera leer en tu cabez...
- JESSICA: Dí.
- HUGO: (ENCOBIENDOSE DE HOMBROS.) ¡Bah! (UNA PAUSA.) Dios mío, cuando uno va a matar a un hombre, debería sentirse pasado como una piedra. Debería reinar el silencio en mi cabeza. (UNA PAUSA) ¿Viste qué denso es,, qué vivo? (UNA PAUSA.) Es cierto que voy a matarlo: dentro de una semana estará acostado en el suelo y muerto con cinco agujeros en el pellejo. (UNA PAUSA.) ¡Qué comedia!
- JESSICA: (SE ECHA A REIR.) Mi pobre bichito, si quieres convencerme de que vas a convertirte en un asesino. tendrás que empezar por convencerte a ti mismo.
- HUGO: No parezco convencido, ¿eh?
- JESSICA: En absoluto: representas muy mal tu papel.
- HUGO: Pero no estoy jugando, Jessica.
- JESSICA: Sí.
- HUGO: No, tú.
- JESSICA: ¿Cómo podrías matarlo? Yo tengo el revólver.
- HUGO: Dame.
- JESSICA: Jamás; lo gané. Sin mí, te hubieran pescado.
- HUGO: Dame ese revólver.
- JESSICA: No, iré a buscar a Hoederer y le diré: vengo a hacer su felicidad, y mientras me bese...

(HUGO, QUE FINJE RESIGNARSE, SE ARROJA SOBRE ELLA, LO MISMO QUE VEN LA PRIMERA ESCENA, CAEN SOBRE LA CAMA, LUCHAN, GRITAN Y RIEN. HUGO TERMINA POR ARRANCARLE EL REVOLVER MIENTRAS CAE EL TELON Y ELLA GRITA:) ¡Atención! Va a salir el tiro.

## CUARTO CUADRO

## EL DESPACHO DE HOEDERER

HABITACION AUSTERA PERO CONFORTABLE. A LA DERECHA, UN ESCRITORIO: EN EL CENTRO, UNA MESA CARGADA DE LIBROS Y DE HOJAS, CON UNA CARPETA QUE CAE HASTA EL SUELO. A LA IZQUIERDA, AL COSTADO, UNA VENTANA A TRAVES DE LA CUAL SE VEN LOS ARBOLES DEL JARDIN. AL FONDO, A LA DERECHA, UNA PUERTA: A LA IZQUIERDA DE LA PUERTA, UNA MESA DE COCINA CON UNA COCINITA DE GAS. EN EL HORNILLO UNA CAFETERA. SILLAS DESPAREJAS. ES MEDIODIA. HUGO ESTA SOLO. SE ACERCA AL ESCRITORIO, TOMA LA LAPICERA DE HOEDERER Y LA TOCA. LUEGO VUELVE AL HORNILLO, TOMA LA CAFETERA Y LA MIRA SILBANDO. JESSICA ENTRA DESPACIO.

## ESCENA I

JESSICA - HUGO

- JESSICA: ¿Qué haces con esa cafetera?
- (HUGO DEJA PRECIPITADAMENTE LA CAFETERA.)
- HUGO: Jessica, ¿qué vienes a hacer aquí?
- JESSICA: Vengo a verte, alma mía.
- HUGO: Bueno, pues ya me has visto. ¡Lágate! Hoederer va a bajar.
- JESSICA: ¡Cómo me aburría sin ti, mi bichito!
- HUGO: No tengo tiempo de jugar. Jessica.



- JESSICA: (MIRANDO A SU ALREDEDOR). Naturalmente, no habías sabido describirme nada.
- HUGO: Escúchame bien...
- JESSICA: ¡Espera! (HURGA EN EL BOLSILLO DEL TRAJE.) Vine también para traerte esto. (SACANDO EL REVOLVER DEL BOLSILLO Y TENDIÉNDOSELO A HUGO EN LA PALMA DE LA MANO.) Lo habías olvidado.
- HUGO: No lo he olvidado; nunca lo llevo.
- JESSICA: Justamente; no deberías separarte de él.
- HUGO: Jessica, como parece que no entiendes, te advierto claramente que no pongas los pies aquí. Si quieres jugar, tienes el jardín y el pabellón.
- JESSICA: Hugo, me hablas como si tuviera seis años.
- HUGO: ¿Quién tiene la culpa? Esto se ha vuelto insoportable; ya no puedes mirarme sin reír. Será lindo cuando tengamos cincuenta años. Hay que acabar de una vez; sólo es una costumbre, una sucia costumbre que hemos adquirido juntos. ¿Me comprendes?
- JESSICA: Muy bien.
- HUGO: Bueno, Empieza por guardar ese revólver.
- JESSICA: Es tuyo, te corresponde tenerlo.
- HUGO: Pero si te digo que no tengo nada que hacer con él...
- JESSICA: ¿Y qué quieres que haga yo?
- HUGO: Lo que quieras, no me interesa.
- JESSICA: ¿No pretenderás obligar a tu mujer a que se pasee todo el día con un arma de fuego en el bolsillo?
- HUGO: Vuelve a nuestra habitación y déjalo en la valija.
- JESSICA: Pero no tengo ganas de volver; eres monstruoso.
- HUGO: Bastaba con que no lo trajeras.
- JESSICA: Y bastaba que tú no lo olvidaras.
- HUGO: Te digo que no lo olvidé.
- JESSICA: ¿NO? Entonces, Hugo, has cambiado tus proyectos.
- HUGO: NO, no los he cambiado...
- JESSICA: Sí o no, tienes intención de...
- HUGO: ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! Pero no hoy.
- JESSICA: ¡Oh, Hugo!, Huguito, ¿por qué no hoy? Me aburro tanto... Terminé todas las novelas que me diste y no me da ganas de quedarme todo el día en la cama, como una odalisca; me hace engordar.
- HUGO: Termina de jugar.
- JESSICA: Eres tú el que juega. Hace diez días que haces grandes aspavientos para impresionarme y al fin el otro sigue viviendo. Si es un juego, dura demasiado; ya no hablamos sino en voz baja por temor de que nos oigan y tengo que soportarte todo tu mal humor, como si fueras una mujer embarazada.
- HUGO: Bien sabes que no es un juego.
- JESSICA: (SECAMENTE.) Entonces peor; me horroriza que la gente no haga lo que ha decidido. Si quieres que te crea, tienes que terminar hoy mismo.
- HUGO: Hoy es inoportuno.
- JESSICA: (RECOBRANDO SU VOZ ORDINARIA). ¡Ya lo ves!
- HUGO: No hay nada tan fuera de lugar como una persona que se obstina en jugar cuando las otras no tienen ganas. No te pido que me ayudes. Simplemente quisiera que no me molestases.
- JESSICA: ¡Bueno! ¡Bueno! Haz lo que quieras. Pero toma este revólver, porque si lo guardo yo, me deformará los bolsillos.
- HUGO: ¿Sí lo tomo, te irás?
- JESSICA: Empieza por tomarlo.

(HUGO TOMA EL REVOLVER Y SE LO METE EN EL BOLSILLO.)

- HUGO: Ahora, lárgate.
- JESSICA: ¡Un minuto! Tengo derecho a echar una ojeada por el despacho donde trabaja mi marido. (PASA DETRÁS DEL ESCRITORIO DE HOEDERER. SEÑALA LINDO EL ESCRITORIO). ¿Quién se sienta ahí? ¿El o tú?
- HUGO: (DE MALA GANA.) El....
- JESSICA: ¿Es la cafetera que tenías en las manos cuando entré?
- HUGO: Sí.
- JESSICA: ¿Por qué la habías tomado? ¿Qué buscabas en ella?
- HUGO: No sé. (UNA PAUSA.) Parece verdadera cuando él la toca. (LA TOMA). Todo lo que toca parece verdadero. Echa el café en las tazas, bebo, lo miro beber y siento que el verdadero gusto del café está en su boca. (UNA PAUSA.) El verdadero gusto del café que va a desaparecer, el verdadero calor, la verdadera luz. Sólo quedará esto. (MUESTRA LA CAFETERA.)
- JESSICA: ¿Esto, qué?
- HUGO: (SOBRESALTÁNDOSE.) ¿Eh?
- JESSICA: (BRUSCAMENTE.) No lo mates.
- HUGO: ¿Pero crees que lo voy a matar? Responde, ¿Lo crees?
- JESSICA: No sé. Todo parece tan tranquilo. Y además, huele a mi infancia... ¡No sucederá nada! No puede suceder nada, te burlas de mí.
- HUGO: Ahí llega. Descuélgate por la ventana. (TRATA DE ARRASTRARLA.)
- JESSICA: (RESISTIENDO) Quisiera ver cómo sois cuando estáis solos.
- HUGO: (ARRASTRÁNDOLA) Ven, rápido.
- JESSICA: (MUY RAPIDO.) Con mi padre, me metía debajo de la mesa y lo ríaba trabajar horas enteras.

(HUGO ABRE LA VENTANA CON LA MANO IZQUIERDA. JESSICA SE LE ESCAPA Y SE DESLIZA BAJO LA MESA. HOEDERER ENTRA.)

## ESCENA II

LOS MISMOS - HOEDERER

- HOEDERER: ¿Qué haces ahí debajo?
- JESSICA: Estoy escondida.
- HOEDERER: ¿Para qué?
- JESSICA: Para ver cómo son ustedes cuando yo no estoy.
- HOEDERER: (A HUGO.) ¿Quién la ha dejado entrar?
- HUGO: No sé.
- HOEDERER: Es tu mujer; cuídala mejor.
- JESSICA: Mi pobre bichito, te toma por mi marido.
- HOEDERER: ¿No es tu marido?
- JESSICA: Es mi hermanito.
- HOEDERER: (A HUGO.) No te respeta. ¿Por qué te casaste con ella?
- HUGO: Porque no me respetaba.
- HOEDERER: Cuando uno es del Partido, se casa con alguien del Partido. Es más sencillo.
- JESSICA: ¿Cómo sabe usted que no soy del Partido?
- HOEDERER: Se ve. (LA MIRA.) No sabes hacer nada, salvo el amor...
- JESSICA: Ni siquiera el amor. (UNA PAUSA.) ¿Cree usted que debo inscribirme en el Partido?
- HOEDERER: Puedes hacer lo que quieras:
- JESSICA: (SEÑALANDO A HUGO.) ¿Ud cree que le hago daño?
- HOEDERER: ¿Para preguntármelo viniste aquí?
- JESSICA: ¿Por qué no?

HOEDERER: Supongo que eres su lujo. Los hijos de burgueses que se unen a nosotros tienen la manía de importar consigo un poco de lujo pasado como recuerdo. Unos su libertad de pensar, otros un alfiler de corbata. El, su mujer.

HOEDERER: (SE MIRAN.) Vamos, largo, vete y no vuelvas a poner los pies aquí.

JESSICA: Está bien. Los dejo con su amistad de hombres.  
(SALE CON DIGNIDAD.)

## ESCENA III

HUGO - HOEDERER

HOEDERER: ¿Te importa ella?

HUGO: Naturalmente.

HOEDERER: Entonces prohíbele que vuelva a poner los pies aquí. Cuando tengo que elegir entre un tipo y una buena mujer, elijo el tipo, pero con todo no conviene hacerme demasiado difícil la tarea.

HUGO: ¿Quién le pide que elija?

HOEDERER: No tiene importancia; de todos modos, te elegí a tí.

HUGO: (RIENDO.) Usted no conoce a Jessica.

HOEDERER: Mejor, entonces. (UNA PAUSA.) Dile que no vuelva. (BRUSCAMENTE.) ¿Qué hora es?

HUGO: Las cuatro y diez.

HOEDERER: Se han retrasado. (SE DIRIGE A LA VENTANA, ECHA UNA OJEADA FUERA LUEGO VUELVE.)

HUGO: ¿Quién viene?

HOEDERER: Ya lo verás. Gente de tu esfera. (DA UNOS PASOS.) No me gusta esperar. (VOLVIENDO HACIA HUGO.) Si vienen, el asunto está arreglado; pero si se ausentan a último momento, habrá que empezar lo todo de nuevo. Y creo que no tendré tiempo. ¿Qué edad tienes?

HUGO: Veintiún años.

HOEDERER: Tú tienes tiempo.

HUGO: Usted es tan viejo.

HOEDERER: No soy viejo, pero estoy marcado. (LE MUESTRA EL JARDIN.) Del otro lado de esas paredes, hay tipos que piensan noche y día en despacharme; y como yo no me paso el tiempo pensando en cuidarme, seguramente acabarán por conseguirlo.

HUGO: ¿Cómo sabe que lo piensan noche y día?

HOEDERER: Porque los conozco. Son consecuentes con sus ideas.

HUGO: ¿Los conoce?

HOEDERER: Sí. ¿Oíste un ruido de motor?

HUGO: No. (ESCUCHAN.) No.

HOEDERER: Este sería el momento para que uno de esos tipos saltara la pared. Tendría ocasión de hacer un buen trabajo.

HUGO: (LENTAMENTE.) Este sería el momento...

HOEDERER: (MIRANDOLO.) ¿Comprendes? Para ellos sería preferible que no pudiera recibir estas visitas. (SE DIRIGE AL ESCRITORIO Y SE SIRVE BEBIDA.) ¿Quieres?

HUGO: No. (UNA PAUSA.) ¿Tiene usted miedo?

HOEDERER: ¿De qué?

HUGO: De morir.

HOEDERER: No, pero <sup>tengo</sup>prisa. Continuamente tengo prisa. Antes me daba lo mismo esperar. Ahora ya no puedo.

HUGO: Cómo ha de odiarlos.

HOEDERER: ¿Por qué? En principio no hago objeción al asesinato político.

HUGO: Déme alcohol.

HOEDERER: (ASOMERADO.) ¡Vaya! (TOMA EL BOTELLON Y LE SIRVE. HUGO BEBE SIN DEJAR DE MIRARLO.) Bueno, qué ¿nunca me viste?



- HUGO: Así es, nunca lo había visto.
- HOEDERER: Para ti no soy más que una etapa, ¿eh? Es natural. Me miras desde lo alto de tu porvenir. Piensas: "Pasaré dos o tres años con este buen hombre, y cuando reviente me iré y haré otra cosa".
- HUGO: No sé si haré nunca otra cosa.
- HOEDERER: Dentro de veinte años dirás a tus compañeros: "En la época en que era secretario de Hoederer". Dentro de veinte años. ¡Es aplastante.
- HUGO: Dentro de veinte años...
- HOEDERER: ¿Qué?
- HUGO: Está lejos.
- HOEDERER: ¿Por qué? ¿Eres tuberculoso?
- HUGO: No. También yo tengo prisa.
- HOEDERER: No es lo mismo.
- HUGO: No. (UNA PAUSA.) A veces daría una mano para convertirme en seguida en un hombre, y otras me parece que no quisiera sobrevivir a mi juventud.
- HOEDERER: No sé qué es eso.
- HUGO: ¿Cómo?
- HOEDERER: La juventud; no sé qué es. Pasé directamente de la infancia a la edad adulta.
- HUGO: Sí. Es una enfermedad burguesa. (SE RIE.) Hay muchos que mueren de ella.
- HOEDERER: ¿Quieres que te ayude?
- HUGO: ¿Eh?
- HOEDERER: Pareces haber empezado tan mal. ¿Quieres que te ayude?
- HUGO: (EN UN SOBRESLATO.) ¡Usted no! (SE RECOBRA MUY RAPIDO.) Nadie puede ayudarme.
- HOEDERER: (ACERCANDOSELE.) Escucha, chico. (SE DETIENE Y ESCUCHA.) Ahí están. (SE DIRIGE A LA VENTANA, HUGO LO SIGUE.) El alto es Karsky, secretario del Pentágono. El gordo es el príncipe Paul.
- HUGO: ¿El hijo del Regente?
- HOEDERER: Sí. (HA CAMBIADO DE CARA, TIENE UN AIRE INDIFERENTE, DURO Y SEGURO DE SI.) Ve a sentarte, escucha, lo que te digan y si te hago una señal, tomarás notas. (CIERRA LA VENTANA Y VA A SENTARSE A SU ESCRITORIO.)

## ESCENA IV

LOS MISMOS - KARSKY - EL PRINCIPE PAUL - SLICK - GEORGES  
(LOS DOS VISITANTES ENTRAN, SEGUIDOS POR SLICK Y GEORGES QUE LES APOYAN LAS AMETRALLADORAS EN LOS RIÑONES.)

- KARSKY: Soy Karsky.
- HOEDERER: (SIN LEVANTARSE). Lo reconozco.
- KARSKY: ¿Sabe usted quién está conmigo?
- HOEDERER: Sí.
- KARSKY: Entonces despida a sus perrazos.
- HOEDERER: Está bien, muchachos. Fuera.  
(SLICK Y GEORGES SALEN.)
- KARSKY: (IRONICAMENTE.) Está usted bien guardado.
- HOEDERER: Si no hubiera tomado algunas precauciones estos últimos tiempos, no tendría el placer de recibir a ustedes.
- KARSKY: (VOLVIENDOSE HACIA HUGO.) ¿Y éste?
- HOEDERER: Es mi secretario. Se queda con nosotros.

- EL PRINCIPE: Usted, Hoederer, se ha convertido en intérprete tal vez demasiado exclusivo de las legítimas reivindicaciones de la clase trabajadora. Mi padre y yo, que siempre fuimos favorables a esas reivindicaciones, nos hemos visto obligados, frente a la actitud inquietante de Alemania, a pasarlas a segundo plano, porque comprendimos que nuestro deber primero era salvaguardar la independencia del territorio, aunque fuera a costa de medidas impopulares.
- HOEDERER: Es decir, declarando la guerra a la U.R.S.S.
- EL PRINCIPE: Por su parte, Karsky sus amigos, que no compartían nuestro punto de vista sobre política exterior, quizás subestimaron la necesidad que Iliria tenía de presentarse unida y fuerte a los ojos del extranjero, como un solo pueblo detrás de un solo jefe, y formaron un partido clandestino de resistencia. Así es como hombres igualmente honestos, consagrados a su patria, han llegado a encontrarse momentáneamente separados por las diferentes concepciones que de su deber tienen. (HOEDERER RIE GROSERAMENTE.) ¿Perdón?
- HOEDERER: Nada. Nada. Continúe.
- EL PRINCIPE: Hoy las posiciones se han acercado, afortunadamente, y parece que cada uno de nosotros tuviera una comprensión más amplia del punto de vista ajeno. Mi padre no desea proseguir esta guerra inútil y costosa. Naturalmente, no estamos en condiciones de concluir una paz por separado, pero puedo garantizarles que las operaciones militares serán dirigidas sin exceso de celo. Por su lado, Karsky estima que las divisiones intestinas sólo pueden perjudicar la causa de nuestro país y deseamos unos y otros preparar la paz de mañana realizando hoy la Unión Nacional. Por supuesto, esta unión no podría hacerse abiertamente sin despertar las sospechas de Alemania, pero encontrará su marco en las organizaciones clandestinas que ya existen.
- HOEDERER: ¿Y qué más?
- EL PRINCIPE: Pues bien, eso es todo. Karsky y yo queríamos anunciarle la feliz nueva de nuestro acuerdo, en principio.
- HOEDERER: ¿Y a mí qué me importa?
- KARSKY: Ya es demasiado; perdemos el tiempo.
- EL PRINCIPE: (PROSIGUIENDO.) Va de sí que esta reunión ha de ser lo más amplia posible. Si el Partido Proletario manifiesta el deseo de unirse a nosotros...
- HOEDERER: ¿Qué ofrecen ustedes?
- KARSKY: Dos votos para su Partido en el Comité Nacional Clandestino que vamos a constituir.
- HOEDERER: ¿Dos votos sobre cuántos?
- KARSKY: Sobre doce.
- HOEDERER: (FINGIENDO UN ASOMBRO CORTÉS.) ¿Dos votos sobre doce?
- KARSKY: El Regente delegará cuatro de sus consejeros y los otros seis votos pertenecerán al Pentágono. El Presidente será elegido.
- HOEDERER: (CON RISA BURLONA). Dos votos sobre doce.
- KARSKY: El Pentágono abarca la mayor parte del campesinado, o sea el cincuenta y siete por ciento de la población, más la casi totalidad de la clase burguesa. El proletariado obrero representa apenas el veinte por ciento del país y no lo apoya a usted por entero.
- HOEDERER: Bueno. ¿Y qué más?
- KARSKY: Operaremos una reforma y una fusión en la base de nuestras dos organizaciones clandestinas. Sus hombres entrarán en nuestra organización pentagonal.
- HOEDERER: Quiere usted decir que nuestras tropas serán absorbidas por el Pentágono.
- KARSKY: Es la mejor fórmula de reconciliación.
- HOEDERER: En efecto: la reconciliación por aniquilamiento de uno de los adversarios. Después de esto, es perfectamente lógico que nos den sólo dos votos en el Comité Central. Hasta es demasiado: esos dos votos ya no representan nada.
- KARSKY: No está usted obligado a aceptar.

- EL PRINCIPE: (PRECIPITADAMENTE). Pero si aceptara, naturalmente, el gobierno estaría dispuesto a abrogar las leyes del 39 sobre la prensa, la unidad sindical y la carta del trabajador.
- HOEDERER: ¡Qué tentador! (GOLPEA SOBRE LA MESA.) Bueno. Pues nos hemos conocido; ahora pongámonos a trabajar. Estas son mis condiciones; un Comité director reducido a seis miembros. El Partido Proletario dispondrá de tres votos; ustedes se repartirán los otros tres como quieran. Las organizaciones clandestinas permanecerán rigurosamente separadas y sólo emprenderán acción común con un voto del Comité Central. O lo toman o lo dejan.
- KARSKY: ¿Se burla usted de nosotros?
- HOEDERER: No están obligados a aceptar.
- KARSKY: (AL PRINCIPE). Ya le había dicho que no era posible entenderse con esta gente. Tenemos los dos tercios del país, el dinero, las armas, formaciones militarmente adiestradas, sin contar la prioridad moral que nos dan nuestros mártires; y ahí tiene un puñado de hombres sin un céntimo que reclama tranquilamente la mayoría en el Comité Central.
- HOEDERER: ¿Así que no?
- KARSKY: No. Prescindiremos de ustedes.
- HOEDERER: Entonces, váyanse. (KARSKY VACILA UN INSTANTE, LUEGO SE DIRIGE HACIA LA PUERTA. EL PRINCIPE NO SE MUEVE). Mire al Príncipe, Karsky; es más listo que usted y ya ha comprendido.
- EL PRINCIPE: (A KARSKY, SUAVEMENTE.) No podemos rechazar estas proposiciones sin examen.
- KARSKY: (VIOLENTAMENTE). No son proposiciones, son exigencias absurdas que me niego a discutir. (PERO PERMANECE INMOVIL.)
- HOEDERER: En el 42 la policía acosaba a sus hombres y a los nuestros, ustedes organizaban atentados contra el Regente y nosotros saboteábamos la producción de guerra; cuando un tipo del Pentágono encontraba a un muchacho de los nuestros, uno de los dos siempre quedaba en la calzada. Hoy, bruscamente, quiere usted que todo el mundo se abrace. ¿Por qué?
- EL PRINCIPE: Por el bien de la Patria.
- HOEDERER: ¿Por qué no es el mismo bien que en el 42? (UN SILENCIO.) ¿No será porque los rusos han batido a Paulus en Stalingrado y las tropas alemanas están perdiendo la guerra?
- EL PRINCIPE: Es evidente que la evolución del conflicto crea una situación nueva. Pero no veo....
- HOEDERER: Al contrario, estoy seguro de que usted ve muy bien. Usted quiere salvar a Iliria, estoy seguro. Pero quiere salvarla tal como es, con su régimen de desigualdad social y sus privilegios de clase. Cuando los alemanes parecían vencedores, su padre se puso del lado alemán. Hoy que la suerte cambia, trata de acomodarse con los rusos. Es más difícil.
- KARSKY: Hoederer, luchando contra Alemania cayeron muchos de los nuestros y no le permitiré que diga que pactamos con el enemigo para conservar nuestros privilegios.
- KOEDERER: Lo sé, Karsky: el Pentágono era antialemán. Llevaba la mejor parte: el Regente hacía concesiones a Hitler para impedirle que invadiera Iliria. Era también antirruso, porque los rusos estaban lejos. Iliria, Iliria sola: conozco la canción. La cantaron durante dos años a la burguesía nacionalista. Pero los rusos se acercan: antes de un año llegarán aquí. Iliria ya no estará tan sola. ¿Entonces? Hay que encontrar garantías. Qué suerte si pudieran decirles: el Pentágono trabajaba para ustedes y el Regente hacía doble juego. Sólo que ellos no están obligados a creerles. ¿Qué harán? ¿Eh? ¿Qué harán? Después de todo, les hemos declarado la guerra.
- EL PRINCIPE: Mi querido Hoederer, cuando la U.R.S.S. comprenda que sinceramente hemos...
- HOEDERER: Cuando comprenda que un dictador fascista y un partido conservador volaron sinceramente en ayuda de su victoria, dudo de que les esté muy agradecida. (PAUSA.) Un solo partido ha conservado la confianza de la U.R.S.S., uno solo ha sabido permanecer en contacto con ella durante toda la guerra, uno solo puede enviar emisarios a través de



Las líneas, uno solo puede garantizar la pequeña estratagema de ustedes: el nuestro. Cuando los rusos están aquí, verán por nuestros ojos. (UNA PAUSA.) De modo que hay que apachucarse con lo que

KARSKY: Hubiera debido negarme a venir.

EL PRINCIPE: ¡Karsky!

KARSKY: Debería haber previsto que usted respondería a proposiciones honestas con una extorsión abyecta.

HOEDERER: Grite: no soy susceptible. Grite como un cerdo al que deguellan: Pero recuerde esto: cuando los ejércitos soviéticos lleguen a nuestro territorio, tomaremos el poder juntos, ustedes y nosotros, si hemos trabajado juntos; pero si no llegamos a entendernos, al fin de la guerra mi Partido gobernará solo. Ahora es preciso elegir.

KARSKY: Yo...

EL PRINCIPE: (A KARSKY). La violencia no conseguirá nada: hay que tener una visión realista de la situación.

KARSKY: (AL PRINCIPE.) Es usted un cobarde: me atrajo a una emboscada para salvar su cabeza.

HOEDERER: ¿Qué emboscada? Váyase si quiere. No lo necesito para entenderme con el Príncipe.

KARSKY: (AL PRINCIPE.) No irá usted...

EL PRINCIPE: ¿Por qué? Si la combinación le desagrada, no quisiéramos obligarlo a participar en ella, pero mi decisión no depende de la suya.

HOEDERER: Cae de su peso que la alianza de nuestro Partido con el gobierno del Regente pondrá al Pentágono en situación difícil durante los últimos meses de la guerra; cae de su peso también que procederemos a su liquidación definitiva cuando los alemanes sean vencidos. Pero ya que quiere usted permanecer puro...

KARSKY: Hemos luchado tres años por la independencia de nuestro país, hemos conquistado la estima del mundo, todo esto para que un buen día el Partido alemán se asocie al Partido ruso y nos asesine en un rincón del bosque.

HOEDERER: Nada de sentimentalismo, Karsky: usted ha perdido porque debía perder. "Iliria, sola..." es un slogan que protege mal a un pequeño país rodeado de poderosos vecinos. (UNA PAUSA.) ¿Acepta mis condiciones?

KARSKY: No estoy autorizado para aceptar; no soy solo.

HOEDERER: Tengo prisa, Karsky.

EL PRINCIPE: Mi querido Hoederer, podríamos quizá darle tiempo para <sup>que</sup> reflexionara; la guerra no ha terminado.

HOEDERER: Karsky, confío en usted. Siempre confío en la gente, por principio. Sé que debe usted consultar a sus amigos, pero también sé que los convencerá. Si me da hoy su aceptación en principio, hablaré mañana a los camaradas del Partido.

HUGO: (IRGUIENDOSE BRUSCAMENTE.) ¡Hoederer!

HOEDERER: ¿Qué?

HUGO: ¿Cómo se atreve...?

HOEDERER: Cállate.

HUGO: No tiene usted derecho, son... ¡Dios mío! Son los mismos. Los mismos que iban a casa de mi padre... Las mismas caras melancólicas y frívolas y... y me persiguen hasta aquí. No tiene usted derecho se deslizarán por todas partes, lo pudrirán todo, son los más fuertes.

HOEDERER: ¡Te callarás!

HUGO: Escuchen bien los dos: ¡el Partido no apoyará a Hoederer en este enjuague! No cuenten con él para disculparse, el Partido no lo apoyará.

HOEDERER: (TRANQUILAMENTE, A LOS OTROS DOS.) No tiene importancia. Es una reacción estrictamente personal.

EL PRINCIPE: Sí, pero esos gritos fastidian. ¿No podría pedir a sus guardaespaldas que hicieran salir a este joven?

HOEDERER: ¡Pero cómo! Saldrá solo. (SE LEVANTA Y SE ACERCA A HUGO.)

HUGO: (RETROCEDIENDO.) No me toque. (METE LA MANO EN EL BOLSILLI, DONDE ENCUEMPA EL REVOLVER). ¿No quieren escucharme? ¿No quieren escucharme?

(EN ESE MOMENTO SE DEJA OIR UNA FUERTE DETONACION, LOS VIDRIOS SALTAN HECHOS TRIZAS, SE SUELTAN LOS MONTANTES DE LA VENTANA).

HOEDERER: ¡Cuerpo a tierra!

(AGARRA A HUGO POR LOS HOMBROS Y LO ARROJA AL SUELO. LOS OTROS DOS TAMBIEN SE TIRAN.

#### ESCENA V

LOS MISMOS - LEON - SLICK - GEORGES QUE ENTRAN CORRIENDO: MAS TARDE JESSICA.

SLICK: ¿Estás herido?

HOEDERER: (LEVANTANDOSE). No. ¿Nadie está herido? (A KARSKY QUE SE HA LEVANTADO). ¿Sangra usted?

KARSKY: No es nada. Trozos de vidrio.

GEORGES: ¿UNA granada?

HOEDERER: Granada o petardo. Pero apuntaron demasiado cerca. Registrad el jardín.

HUGO: (MIRANDO HACIA LA VENTANA, PRA SÍ.) ¡Cochinos! ¡Cochinos!

(LEON Y GEORGES SALTAN POR LA VENTANA.)

HOEDERER: (AL PRINCIPE.) Esperaba algo por el estilo, pero lamento que hayan elegido este momento.

TELON

#### QUINTO CUADRO

EN EL PABELLON

#### ESCENA I

HUGO - JESSICA - LUEGO OLGA

(HUGO ESTA TENDIDO EN LA CAMA, COMPLETAMENTE VESTIDO, TAPADO CON UNA COLCHA. DUERME. SE AGITA Y GIME EN SUEÑOS. JESSICA ESTA SENTADA A LA CABECERA, INMOVIL. EL VUELVE A QUEJARSE, JESSICA SE LEVANTA Y SE DIRIGE AL CUARTO DE TOCADOR. SE OYE CORRER EL AGUA. OLGA ESTA ESCONDIDA DETRAS DE LA CORTINA DE LA VENTANA. APARTA LAS CORTINAS, ASOMA LA CABEZA. SE DECIDE Y SE ACERCA A HUGO. LO MIRA. HUGO SE QUEJA, OLGA LE LEVANTA LA CABEZA Y ARREGLA LA ALMOHADA. ENTRETANTO. JESSICA VUELVE Y VE LA ESCENA. TRAE UNA COMPRESA HUMEDA.)

JESSICA: ¡Qué solicitud! Buenos días, señora.

OLGA: No grite.

JESSICA: No tengo ganas de gritar. Más bien tendría ganas de reírme.

OLGA: Soy Olga Lorame.

JESSICA: Me lo sospechaba.

OLGA: ¿Hugo le ha hablado de mí?

JESSICA: Sí.

OLGA: ¿Está herido?

JESSICA: No: está borracho. (PASANDO DELANTE DE OLGA). ¿Me permite? (PONE LAS COMPRESAS SOBRE LA FRENTE DE HUGO.)

OLGA: Así no.

(ARREGLA LA COMPRESA.)

JESSICA: Discúlpeme.

OLGA: ¿Y Hoederer?

JESSICA: ¿Hoederer? Pero siéntese, se lo ruego. (OLGA SE SIENTA.)  
¿Fue usted quien arrojó la bomba, señora?

- OLGA: Sí.
- JESSICA: No murió nadie: tendrá más suerte otra vez. (SEÑALANDO A HUGO.)  
¿Usted sabía que él estaba en el despacho?
- OLGA: No.
- JESSICA: Pero sabía que podía estar.
- OLGA: Era un riesgo posible.
- JESSICA: Con un poco de suerte, lo hubiera matado.
- OLGA: Era lo mejor que podía sucederle.
- JESSICA: ¿De verás?
- OLGA: Al Partido no le gustan mucho los traidores.
- JESSICA: Hugo no es un traidor.
- OLGA: Lo creo. Pero no puedo obligar a los otros a que lo crean. (UNA PAUSA.) Este asunto se prolonga: hace ocho días que debería haber terminado.
- JESSICA: Hay que encontrar la ocasión.
- OLGA: Las ocasiones se hacen.
- JESSICA: ¿La envió el Partido?
- OLGA: El Partido no sabe que estoy aquí: he venido por mi cuenta.
- JESSICA: Comprendo: usted metió una bomba en el bolso y vino amablemente a arrojarla a Hugo para salvarle la reputación.
- OLGA: De haberlo conseguido, todos habrían pensado que Hugo quiso saltar con Hoederer.
- JESSICA: Sí, pero estaría muerto.
- OLGA: De cualquier manera, ahora ya no tiene muchas posibilidades de escapar.
- JESSICA: Amistad pesada la suya.
- OLGA: Seguramente más pesada que su amor.  
(SE MIRAN.)
- OLGA: ¿Usted le impidió que hiciera el trabajo?
- JESSICA: Yo no le he impedido absolutamente nada.
- OLGA: Pero tampoco le ayudó.
- JESSICA: ¿Por qué habría de ayudarle? ¿Acaso me consultó antes de entrar en el Partido? Y cuando decidió que no tenía nada mejor que hacer en su vida que asesinar a un desconocido, ¿me consultó?
- OLGA: ¿Por qué habría de consultarla? ¿Qué consejo hubiera podido darle?
- JESSICA: Evidentemente.
- OLGA:Q El eligió este Partido. Pidió esta misión; eso debería bastar para usted.
- JESSICA: No me basta.  
(HUGO SE QUEJA.)
- OLGA: No anda bien. No debería haberlo dejado beber.
- JESSICA: Andaría peor si le hubiera estallado la bomba en la cara. (UNA PAUSA.) ¡Lástima que no se haya casado con usted! Una mujer con cabeza es lo que necesitaba. El se hubiera quedado en la habitación planchando sus combinaciones, mientras usted iba a arrojar granadas a las esquinas y todos hubiéramos sido muy felices. (LA MIRA.) Yo la creía alta y huesuda.
- OLGA: ¿Con bigotes?
- JESSICA: Sin bigotes, pero con una verruga bajo la nariz. Hugo siempre tenía un aire tan importante cuando salía de su casa. Decía: "Estuvimos hablando de política".
- OLGA: Con usted, naturalmente, nunca hablaba de eso.
- JESSICA: Se imaginará que no se casó conmigo para hablar de eso. (UNA PAUSA.)
- OLGA: ¡Pobre Hugo!
- JESSICA: Sí. ¡Pobre Hugo! ¡Cómo me detestará usted, señora!



- OLGA: ¿Yo? No tengo tiempo, que perder. (UN SILENCIO.) Despiértelo. Necesito hablarle.
- JESSICA: (SE ACERCA A LA CAMA Y SACUDE A HUGO.) ¡Hugo! ¡Hugo! Tienes visitas.
- HUGO: ¿Eh? (SE INCORPORA.) ¡Olga, has venido! Me alegra que estés aquí, tienes que ayudarme. (SE SIENTA EN EL BORDE DE LA CAMA.) ¡Santo Dios! Qué dolor de cabeza tengo. Me alegro de que hayas venido, ha sucedido algo; un gran inconveniente. (REFLEXIONA UN SEGUNDO, LUEGO LEVANTA LA CABEZA.) Ya sé lo que es. Ya no puedes ayudarme. Ahora ya no puedes ayudarme. Tú lanzaste el petardo, ¿no?
- OLGA: Sí.
- HUGO: ¿Por qué no confiaron en mí?
- OLGA: Hugo, dentro de un cuarto de hora un tipo arrojará una cuerda por encima de la pared y tendré que irme. Tengo prisa y es preciso que me escuches.
- HUGO: ¿Por qué no confiastes en mí?
- OLGA: Los compañeros piensan que eres un traidor.
- HUGO: Se les va la mano.
- OLGA: No tienes un día que perder. El asunto debe estar arreglado antes de mañana a la noche.
- HUGO: No deberías haber arrojado ese petardo.
- OLGA: Hugo, quisiste encargarte de una tarea difícil y encargarte solo. Fui la primera que tuve confianza cuando había cien razones para rechazarte, y el Partido no se creó para darte oportunidades de heroísmo. Hay un trabajo que hacer y es necesario hacerlo; poco importa quién lo haga. Si dentro de veinticuatro horas no has terminado la tarea, enviaremos a alguien en tu lugar para que la termine.
- HUGO: Si me reemplazan me iré del Partido.
- OLGA: ¿Qué te imaginas? ¿Crees que es posible irse del Partido? Estamos en guerra, Hugo, y los camaradas no bromean.
- HUGO: No me asusta morir.
- OLGA: No es nada morir. Pero morir tan estúpidamente, después de echarlo, todo a rodar; que te despachen como a un chico imbécil de quien hay que desembarazarse por temor a sus torpezas. ¿Eso es lo que quieres! ¡Pero dígaselo usted! Si lo quiere un poco, no puede desear que lo despachen como a un perro.
- JESSICA: Usted bien sabe, señora, que no entiendo nada de política.
- OLGA: ¿Qué decides?
- HUGO: No deberías haber lanzado ese petardo.
- OLGA: ¿Qué decides?
- HUGO: Lo sabréis mañana.
- OLGA: Está bien. Adiós, Hugo. (PAUSA PESADA.)
- HUGO: Adiós, Olga.
- JESSICA: Adiós, señora.
- OLGA: Apague la luz. Que no me vean salir.  
(JESSICA APAGA. OLGA ABRE LA PUERTA Y SALE.)

-----

ESCENA II

- HUGO - JESSICA
- JESSICA: ¿Enciendo?
- HUGO: Espera. Quizá se vea obligada a volver.  
(ESPERAN A OSCURAS.) (SILENCIO.)
- JESSICA: Estas afligido? (HUGO NO RESPONDE.)

- HUGO: Me duele la cabeza! (UNA PAUSA.) No vale gran cosa la confianza cuando no resiste ocho días de espera.
- JESSICA: No gran cosa, no.
- HUGO: ¿Cómo quieres vivir, si nadie confía en tí?
- JESSICA: Nadie ha confiado nunca en mí; tú menos que los demás. Sin embargo, voy tirado.
- HUGO: Era la única que creía un poco en mí.
- JESSICA: Hugo... Tú vas a matar a un hombre.
- HUGO: ¿Acaso sé lo que voy a hacer?
- JESSICA: Muéstrame el revólver. Quiero ver cómo es.
- HUGO: Anduviste con él encima toda la tarde.
- JESSICA: En aquel momento sólo era un jugueta.
- HUGO: (ENTENDIENDOSELO) (LO MIRA.)
- JESSICA: Ahora me da miedo. Tómalo. (UNA PAUSA.) Vas a matar a un hombre. (HUGO SE ECHA A REIR.) ¿Por qué te ríes?
- HUGO: ¡Ahora lo crees! ¿Te has decidido a creerlo?
- JESSICA: Sí.
- HUGO: Has elegido bien el momento: nadie lo cree ya. (UNA PAUSA.) Hace ocho días, quizá me hubiera ayudado...
- JESSICA: No es culpa mía: sólo creo lo que veo. Esta misma mañana no podía imaginarme siquiera que iba a morir. (UNA PAUSA.) Entré en el despacho hace un rato, estaba ese tipo sangrando y eran todos muertos. Hoederer era un muerto; se lo vi en la cara. Si no lo matas tú, enviarán a cualquier otro.
- HUGO: Lo haré yo. (UNA PAUSA.) Qué porquería el tipo sangrando. ¿eh?
- JESSICA: Sí, una porquería.
- HUGO: Hoederer también sangrará.
- JESSICA: Calla.
- HUGO: Estará acostado en el suelo con un aire idiota y se manchará la la ropa de sangre.
- JESSICA: (CON VOZ LENTA Y BAJA.) Pero calla, hombre.
- HUGO: Olga arrojó un petardo contra la pared. No tiene por qué estar orgullosa; ni siquiera nos veía. Cualquiera puede matar si no lo obligan a ver lo que hace. Yo iba a tirar. Estaba dentro, los miraba de frente, iba a disparar; ella fue la que me hizo errar el golpe.
- JESSICA: ¿Ibas a disparar de veras?
- HUGO: Tenía la mano en el bolsillo y el dedo sobre el gatillo.
- JESSICA: ¡Ibas a disparar! ¿Estás seguro de que hubieras podido disparar?
- HUGO: Tenía la suerte de estar enojado. Ahora hay que empezarlo todo de nuevo. (SE RIE.) Ya lo oíste; dicen que soy un traidor. Ellos llevan ventaja; allá, cuando deciden que un hombre va a morir, es como si tacharan un nombre en una guía; trabajo limpio, elegante. Aquí la muerte es un ajeteo. Aquí están los mataderos. (UNA PAUSA.) El bebe, fuma, me habla del Partido, hace proyectos y yo pienso en el cadáver que será; es obsceno. ¿Le has visto los ojos?
- JESSICA: Sí.
- HUGO: ¿Viste qué brillantes y claros son? ¿Y qué vivos?
- JESSICA: Sí.
- HUGO: Quizá le dispararé a los ojos. Uno apunta al vientre, ¿sabes?, pero el arma se levanta.
- JESSICA: Me gustan sus ojos.
- HUGO: (BRUSCAMENTE.) Es abstracto.
- JESSICA: ¿Qué?
- HUGO: Un crimen; digo que es abstracto. Aprietas el gatillo y después ya no comprendes nada de lo que sucede. (UNA PAUSA.) Si se pudiera disparar desviando la cabeza. (UNA PAUSA.) Me pregunto por qué te hablo de todo esto.

- JESSICA: Yo también me lo pregunto.
- HUGO: Disculpame. (UNA PAUSA.) Sin embargo, si estuviera en esta cama a punto de reventar, ¿no me abandonarías, a pesar de todo?
- JESSICA: No.
- HUGO: Es lo mismo: matar, morir, es lo mismo; uno está igualmente solo. El tiene suerte; sólo morirá una vez. Yo hace diez días que lo mato, cada minuto. (BRUSCAMENTE.) ¿Qué harías, Jessica?
- JESSICA: ¿Cómo?
- HUGO: Escucha: si mañana no lo mato, tengo que desaparecer, a menos que vaya a buscarlos y les diga: haced de mí lo que queráis. Si lo mato... (SE TAPA UN INSTANTE EL ROSTRO CON LA MANO.) ¿Qué debo hacer? ¿Qué harías tú?
- JESSICA: ¿Yo? ¿Me preguntas a mi que haría en tu lugar?
- HUGO: ¿A quién quieres que se le pregunte? Sólo te tengo a ti en el mundo.
- JESSICA: (LENTAMENTE.) Es verdad. Solo me tienes a mí. Nada más que a mí. ¡Pobre Hugo! (UNA PAUSA.) Yo iría a buscar a Hoederer y le diría-Escuche, me enviaron para que lo matara, pero he cambiado de opinion y quiero trabajar para usted.
- HUGO: ¡Pobre Jessica!
- JESSICA: ¿No es posible?
- HUGO: Justamente eso es lo que se llamaría traicionar.
- JESSICA: (TRISTEMENTE.) ¡Ya ves! No puedo decirte nada. (UNA PAUSA.) ¿Por qué no es posible? ¿Por qué no tiene tus ideas?
- HUGO: Si tú quieres. Porque no tiene mis ideas.
- JESSICA: ¿Y hay que matar a la gente que no tiene vuestras ideas?
- HUGO: A veces.
- JESSICA: ¿Pero por qué has elegido las ideas de Louis y de Olga.
- HUGO: Porque eran verdaderas.
- JESSICA: Pero Hugo, supón que hubieras encontrado a Hoederer el año pasado, en lugar de Louis. Las ideas de él te parecerían verdaderas.
- HUGO: Al oírte se creería que todas las opiniones son equivalentes y que se atrapan como las enfermedades.
- JESSICA: No pienso eso, no... no sé lo que pienso. Hugo, él es tan fuerte; basta que abra la boca para que uno esté seguro de que tiene razón Y además, yo creía que era sincero y que quería el bien del Partido.
- HUGO: Lo que quiere, lo que piensa, me tiene sin cuidado. Importa lo que hace.
- JESSICA: Pero...
- HUGO: OBJETIVAMENTE, procede como un social-traidor.
- JESSICA: (SIN COMPRENDER.) ¿Objetivamente?
- HUGO: Sí.
- JESSICA: ¡Ah! \*UNA PAUSA.) Y si él supiera lo que preparas, ¿pensaría que eres un social-traidor?
- HUGO: Sí, seguramente.
- JESSICA: Entonces, ¿quién tiene razón?
- HUGO: Yo.
- JESSICA: ¿Cómo lo sabes?
- HUGO: La política es una ciencia. Puedes demostrar que estás en lo cierto y que los demás se equivocan.
- JESSICA: En ese caso, ¿por qué vacilas?
- HUGO: Sería demasiado largo de explicar.
- JESSICA: Tenemos la noche,
- HUGO: Se necesitarían meses y años.
- JESSICA: ¡Ah! (SE ACERCA A LOS LIBROS.) (TOMA UNO, LO ABRE, LO MIRA, FASCINADA, Y LO DEJA SUSPIRANDO.)



- HUGO: Ahora déjame. Duerme o haz lo que quieras.
- JESSICA: ¿Qué hay? ¿Qué he dicho?
- HUGO: Nada. No has dicho nada. Yo soy el culpable: es una locura pedirte ayuda. Tus consejos vienen de otro mundo.
- JESSICA: ¿Quién tiene la culpa? ¿Por qué nadie me ha enseñado nada? ¿Por qué no me has explicado nada? ¿Oíste lo que dijo? Que era tu lujo. Hace diecinueve años me instalaron en vuestro mundo de hombres, con prohibición de tocar los objetos expuestos, y me habéis hecho creer que todo marchaba muy bien y que no tenía que ocuparme de nada. ¿Por qué me han mentido? ¿Por qué me habéis dejado en la ignorancia para confesarme un buen día, que sois unos incapaces, y para obligarme a elegir entre un suicidio y un asesinato? No quiero elegir: no quiero que te dejes matar, no quiero que lo mates.
- HUGO: No te pido nada, Jessica.
- JESSICA: Es demasiado tarde, Hugo: me has puesto en la alternativa. Ahora tengo que elegir. Por ti y por mí: elijo mi vida con la tuya y... ¡Oh! ¡Dios mío! No puedo.
- HUGO: Ya lo ves.
- (SILENCIO. HUGO ESTA SENTADO MIRANDO AL VACIO.)
- JESSICA: Calla!
- HUGO: ¿Por qué había de callarme? ¿Acaso no sabes que nuestro amor era una comedia?
- JESSICA: Lo que importa esta noche no es nuestro amor sino lo que harás mañana.
- HUGO: Es lo mismo. Si hubiera estado seguro... (BRUSCAMENTE.) Jessica mírame. ¿Puedes decirme que me quieres?
- (LA MIRA. SILENCIO.)
- Y ahí está. Ni siquiera habré tenido eso.
- JESSICA: Y tú, Hugo, ¿crees que me querías? (NO RESPONDE) Ya lo ves. (UNA PAUSA. BRUSCAMENTE. ¿Por que no tratas de convencerlo?)
- HUGO: ¿De convencerlo? ¿A quién? ¿A Hoedere?
- JESSICA: Ya que se equivoca, has de poder probárselo.
- HUGO: ¿Qué te crees? Es demasiado terco.
- JESSICA: ¿Cómo sabes que tus ideas son justas si no puedes demostrarlo? Hugo, estaría tan bien, reconciliarías a todo el mundo, todo el mundo, estaría contento, trabajarían todos juntos, ¡Inténtalo. Hugo, te lo ruego, inténtalo una vez antes de matarlo.
- (LLAMAN. HUGO SE ENDEREZA Y LE BRILLAN LOS OJOS.)
- HUGO: Es Olga, ha vuelto; estaba seguro de que volvería. Apaga la luz y abre.
- JESSICA: ¡Cómo la necesitas!
- (APAGA LA LUZ Y ABRE LA PUERTA. HOEDERER ENTRA. HUGO ENCIENDE CUANDO LA PUERTA ESTA CERRADA.)

## ESCENA III

- HUGO - JESSICA - HOEDERER
- JESSICA: (RECONOCIENDO A HOEDERER). ¡Ah!
- HOEDERER: ¿Te asusté?
- JESSICA: Estoy nerviosa esta noche. Esa bomba...
- HOEDERER: Sí. Claro. ¿Tienes la costumbre de quedaros a oscuras?
- JESSICA: No puedo evitarlo. Mis ojos están muy fatigados.
- HOEDERER: ¡Ah! (UNA PAUSA.) ¿Puedo sentarme un momento?
- (SE SIENTA EN EL SILLON.)
- No se incomoden por mí.
- HUGO: ¿Tienes algo que decirme?
- HOEDERER: No, no. Me hiciste reír, hace un rato: estabas rojo de cólera.
- HUGO: Yo...

- Hoederer: No te disculpes: me lo esperaba. Hasta me inquietaría que no hubiera protestado. Hay muchas cosas que tendré que explicarte. Pero mañana. Ahora tu jornada ha terminado. La mía también. Valiente jornada, ¿eh? ¿Qué hacías antes de que yo llegara?
- JESSICA: Pues... conversábamos.
- HOEDERER: ¡Bueno, conversen, conversen! No os ocupéis de mí. (LLENA LA PIPA Y LA ENCIENDE. SILENCIO MUY PESADO. SONRÍE.) Sí, evidentemente.
- JESSICA: No es muy cómodo imaginarse que usted no está.
- HOEDERER: Muy bien podéis ponerme a la puerta. (A HUGO.) No estás obligado a recibir a tu patrón cuando se le antoja venir. (UNA PAUSA.) No sé por qué he venido. No tenía sueño, traté de trabajar... (ENCOGIÉNDOSE DE HOMBROS.) No se puede trabajar continuamente.
- JESSICA: No.
- HOEDERER: Este asunto terminará...
- HUGO: (VIVAMENTE.) ¿Qué asunto?
- HOEDERER: El asunto con Karsky. ¡Se hace rogar un poco! Pero marchará más rápido de lo que yo pensaba.
- HUGO: (VIOLENTAMENTE.) Usted...
- HOEDERER: Chist. ¡Mañana! ¡Mañana! (UNA PAUSA.) Cuando un asunto está por terminar, uno se siente ocioso. ¿Tenías luz hace un momento?
- JESSICA: Sí.
- HOEDERER: Me había asomado a la ventana. A oscuras, para no servir de blanco. ¿Habéis visto qué oscura y tranquila está la noche? La luz pasaba por la rendija de los postigos. (UNA PAUSA.) Vimos la muerte de cerca.
- JESSICA: Sí.
- HOEDERER: (CON UNA RISITA.) De muy cerca. (UNA PAUSA) Parecías menos intimidada esta tarde. (A JESSICA.) ¿Qué hay?
- JESSICA: Es su aspecto.
- HOEDERER: ¿Qué aspecto?
- JESSICA: Creí que no necesitaba a nadie.
- HOEDERER: No necesito a nadie. (UNA PAUSA.) (LA MIRA LARGAMENTE.) Vamos, voy a acostarme. Era un espejismo.
- JESSICA: ¿Qué era un espejismo?
- HOEDERER: (CON UN GESTO.) Todo aquello. Vosotros también. Hay que trabajar, es todo lo que puede hacerse. Telefonarás a la aldea para que el carpintero venga a reparar la ventana del despacho. (LO MIRA.) Pareces desplomado. ¿Así que te emborrachaste? Duerme esta noche. No necesitas venir antes de las nueve.
- (SE LEVANTA. HUGO DA UN PASO, JESSICA SE ARROJA ENTRE ELLOS.)
- JESSICA: Hugo, éste es el momento.
- HUGO: ¿Qué?
- JESSICA: Me prometiste que tratarías de convencerlo.
- HOEDERER: ¿De convencerme?
- HUGO: Calla. (INTENTA APARTARLA. ELLA SE LE PONE DELANTE.)
- JESSICA: HUGO no está de acuerdo con usted.
- HOEDERER: (dirertido.) Ya me dí cuenta.
- JESSICA: Quisiera explicarle.
- HOEDERER: ¡Mañana! ¡Mañana!
- JESSICA: Mañana será demasiado tarde.
- HOEDERER: ¿Por qué?
- JESSICA: (SIEMPRE DELANTE DE HUGO.) Dice... que no quiere servirle de secretario si usted no lo escucha. Ninguno de los dos tiene sueño y cuentan con toda la noche y... y rozaron la muerte, eso da espíritu conciliador.
- HUGO: Deja, te digo.

- JESSICA: ¡Hugo, me lo prometiste! (A HOEDERER.) Dice que usted es un social-traidor.
- HOEDERER: ¡Un social-traidor! ¡Nada más que eso!
- JESSICA: Objetivamente. Dijo: objetivamente.
- HOEDERER: CAMBIANDO DE TONO Y DE CARA.) Está bien. Bueno chico, dime lo que tienes en el buche ya que no es posible impedirlo. Debo arreglar este asunto ante de ir a acostarme. ¿Por qué soy un social-traidor?
- HUGO: Porque no tiene derecho a arrastrar al Partido a sus comunicaciones.
- HOEDERER: ¿Por qué no?
- HUGO: Es una organización revolucionaria y usted la convertirá en un partido de gobierno.
- HOEDERER: El fin de los partidos revolucionarios es tomar el poder.
- HUGO: Tomarlo. Sí. Aduñarse de él mediante las armas. No comprarlo ilícitamente.
- HOEDERER: ¿Echas de menos la sangre? Lo siento, pero no podemos imponernos por la fuerza. En caso de guerra civil, el Pentágono cuenta con las armas y los jefes militares. Serviría de cuadro a las tropas contrarrevolucionarias.
- HUGO: ¿Quién habla de guerra civil? Hoederer, no lo comprendo; bastaría un poco de paciencia. Usted mismo lo dijo: el ejército rojo echará al Regente y tendremos el poder para nosotros solos.
- HOEDERER: ¿Y cómo haremos para conservarlo? (UNA PAUSA) Te aseguro que cuando el ejército rojo haya franqueado nuestras fronteras habrá que pasar momentos duros.
- HUGO: El ejército rojo...
- HOEDERER: Sí, sí. Lo sé. Yo también lo espero. Y con impaciencia. Pero tienes que repetírtelo. Todos los ejércitos en guerra, liberadores o no, se parecen: viven del país ocupado. Nuestros campesinos detestarán a los rusos, es fatal; ¿cómo se le ocurre que nos que-rran a nosotros, impuestos por los rusos? Nos llamarán el partido del extranjero, o quizá peor. El Pentágono volverá a la clandestinidad; ni siquiera necesitará cambiar sus slogans.
- HUGO: El Pentágono...
- HOEDERER: Y además hay otra cosa: el país está arruinado; hasta es posible que sirva de campo de batalla. Cualquiera que sea el gobierno que suceda al del Regente, deberá tomar medidas terribles que lo harán odioso. Al día siguiente de la partida del ejército rojo, nos barrerá una insurrección.
- HUGO: Una insurrección es sofocada. Instauraremos un orden férreo.
- HOEDERER: ¿Un orden férreo? ¿Con qué? Aun después de la Revolución, el proletariado será el más débil, y por mucho tiempo. ¡Orden férreo! Con un partido burgués que hará sabotaje y una población campesina que quemará las cosechas para matarnos de hambre.
- HUGO: ¿Y qué? El partido bolchevique se las ha visto negras en el 17.
- HOEDERER: No era impuesto por el extranjero. Ahora escucha, chico, y trata de comprender; tomaremos el poder con los liberales de Karsky y los conservadores del Regente. Nada de historias, nada de ruptura: la Unión nacional. Nadie podrá reprocharnos que nos instaló el extranjero. He pedido la mitad de los votos al Comité de Resistencia pero no haré la tontería de pedir la mitad de una minoría, eso es lo que debemos ser. Una minoría que dejará a los otros partidos la responsabilidad de las medidas impopulares y que ganará la popularidad haciendo oposición en el interior del gobierno. Están acorralados; dentro de dos años verás la quiebra de la política liberal y el país entero nos pedirá que hagamos nuestra experiencia.
- HUGO: Y en ese momento el Partido estará
- HOEDERER: ¿Por qué?
- HUGO: El partido tiene un programa: la realización de una economía socialista, y un medio: la utilización de la lucha de clases. Usded va a emplearlo para hacer una política de colaboración de clases en el marco de una economía capitalista. Durante años usted mentirá. Nadie comprenderá. Estaremos contaminados; nos convertiremos en reformistas y en nacionalistas; para terminar, los partidos



burgueses sólo tendrán que tomarse la molestia de liquidarnos. ¡Hoederer! Este Partido es el suyo, usted no puede haber olvidado el trabajo que le dio forjarlo, no lo sacrifique con sus propias manos.

HOEDERER: ¡Cuánta charla! Si no quieres correr riesgos, no debes hacer política.

HUGO: No quiero correr esos riesgos.

HOEDERER: Perfecto, entonces, ¿cómo conservar el poder?

HUGO: ¿Por qué tomarlo?

HOEDERER: ¿Estás loco? ¿Un ejército socialista va a acupar el país y lo dejarás marcharse sin aprovechar su ayuda? Es una ocasión que no volverá a presentarse nunca más; te digo que no somos bastante fuertes para hacer la Revolución solos.

HUGO: No se debe tomar el poder a ese precio.

HOEDERER: ¿Qué quieres hacer del Partido? ¿Una pista de carrera? ¿De qué sirve bruñir un cuchillo todos los días si jamás lo usas para cortar? Un Partido nunca es sino un medio. Sólo hay un fin: el poder.

HUGO: Sólo hay un fin: conseguir el triunfo de nuestras ideas, de todas nuestras ideas y sólo de ellas.

HOEDERER: Es cierto: tú tienes ideas. Ya te pasará.

HUGO: ¿Usted cree que soy el único que las tiene? ¿No murieron por ideas los compañeros que se hicieron matar por la policía del Regente? ¿Cree que no los traicionamos si hacemos que el Partido sirva para sacar las castañas del fuego a sus asesinos?

HOEDERER: Me importan un cuerno los muertos. Todos han muerto por el Partido y el Partido puede decidir lo que quiera. Hago política de vivos, para los vivos.

HUGO: ¿Y usted cree que los vivos aceptarán sus combinaciones?

HOEDERER: Se las haremos tragar muy suavemente.

HUGO: ¿Mintiéndoles?

HOEDERER: Mintiéndoles a veces.

HUGO: ¿Usted... usted parece tan verdadero, tan sólido! No es posible que acepte mentir a los camaradas.

HOEDERER: ¿Por qué? Estamos en guerra y no es costumbre tener al soldado hora por hora al corriente de las operaciones.

HUGO: Hoederer, yo... yo sé mejor que usted lo que es la mentira; en casa de mi padre todo el mundo me mentía. Sólo respiro desde mi entrada en el Partido. Por primera vez vi hombres que no mentían a los otros hombres. Cada uno podía tener confianza en todos y todos en cada uno; el militante más humilde sentía que las órdenes de los dirigentes le revelaban su voluntad profunda y si las cosas fracasaban, uno sabía por qué aceptaba morir. No rió usted...

HOEDERER: ¿Pero de qué hablas?

HUGO: De nuestro Partido.

HOEDERER: ¿De nuestro Partido? Pero siempre se ha mentido un poco. Como en todas partes. Y tú Hugo ¿estás seguro de que nunca te has mentido, de que no has mentido nunca, de que no mientes en este mismo minuto.

HUGO: Nunca he mentido a los camaradas. Yo... ¿De qué sirve luchar por la liberación de los hombres si se los desprecia lo suficiente para llenarles la cabeza de patrañas?

HOEDERER: Mentiré cuando haga flata y no desprecio a nadie. La mentira no la he inventado yo; nació en una sociedad dividida en clases y cada uno de nosotros la heredó al nacer. No aboliremos la mentira negándonos a mentir, sino empleando todos los medios para suprimir las clases.

HUGO: No todos los medios son buenos.

HOEDERER: Todos los medios son buenos cuando son eficaces.

HUGO: Entonces, ¿con qué derecho condena usted la política del Regente? El declaró la guerra a la U.R.S.S. porque era el medio más eficaz del salvaguardar la independencia nacional.

HOEDERER: ¿Pero te imaginas que la condeno? No tengo tiempo que perder. El hizo lo que cualquier tipo de su casta hubiera hecho en su lugar. No luchamos ni contra hombres ni contra una política, sino contra la clase que produce esa política y esos hombres:

- HUGO: ¿Y el mejor medio que encontró para luchar contra ella es ofrecerle compartir el poder con usted?
- HOEDERER: Exactamente. Hoy es el mejor medio. (UNA PAUSA.) ¡Cómo te importa tu pureza, chico! ¡Qué miedo tienes de ensuciarte las manos! ¡Bueno, sigue siendo puro! ¿A quién le servirá y para qué vienes con nosotros? La pureza es una idea de fakir y de monje. A vosotros los intelectuales, los anarquistas burgueses, os sirve de pretexto para no hacer nada. No hacer nada, permanecer inmóviles, apretar los codos contra el cuerpo, usar guantes. Yo tengo las manos sucias. Hasta los codos. Las he metido en excremento y sangre. ¿Y qué? ¿Te imaginas que se puede gobernar inocentemente?
- HUGO: Quizás algún día se verá que no temo a la sangre.
- HOEDERER: Diablos, los guantes rojos son elegantes. El resto es lo que te asusta. Es lo que hiede a tu naricita de aristócrata.
- HUGO: Y volvemos a lo mismo: soy un aristócrata, un tipo que nunca tuvo hambre. Desgraciadamente para usted, no soy el único que piensa así.
- HOEDERER: ¿No eres el único? Así que sabías algo de mis negociaciones antes de venir aquí.
- HUGO: No. Se hablaba vagamente de eso, en el Partido, y la mayoría de los tipos no estaba de acuerdo, y puedo jurarle que no eran aristócratas.
- HOEDERER: Hijo mío, hay un malentendido: yo conozco a los muchachos del Partido que no están de acuerdo con mi política y puedo decirte que son de mi especie, no de la tuya, y no tardarás en descubrirlo. Si desaprobaban estas negociaciones, es simplemente porque las juzgan inoportunas; en otras circunstancias serían los primeros en iniciarlas. Tu conviertes esto en cuestión de principios.
- HUGO: ¿Quién habló de principios?
- HOEDERER: ¿No lo conviertes en cuestión de principios? Bueno. Entonces, esto ha de convencerte: si tratamos con el Regente, él detiene la guerra, las tropas ilirias esperarán amablemente que los rusos vayan a desarmarlas; si rompemos las negociaciones, el Regente sabrá que está perdido y luchará como un perro rabioso; cientos de miles de hombres perderán el pellejo. ¿Qué me dices? (UN SILENCIO.) ¿Eh? ¿Qué me dices? ¿Puedes suprimir a cien mil hombres de un plumazo?
- HUGO: (PENOSAMENTE.) No se hace la Revolución con flores. Si han de quedar..
- HOEDERER: ¿Sí?
- HUGO: ¡Bueno, pues paciencia!
- HOEDERER: ¿Lo ves? ¡Bien lo ves! Tú no quieres a los hombres, Hugo. Tú sólo amas los principios.
- HUGO: ¿A los hombres? ¿Y por qué había de quererlos? ¿Acaso me quieren ellos?
- HOEDERER: Entonces, ¿por qué viniste con nosotros. El que no quiere a los hombres, no puede luchar por ellos.
- HUGO: Entré en el Partido porque su causa es justa y saldré cuando cese de serlo. En cuanto a los hombres, lo que me interesa no es lo que son, sino lo que podrán llegar a ser.
- HOEDERER: Y yo los quiero por lo que son. Con todas sus porquerías y sus vicios. Quiero sus voces y sus manos calientes que agarran, y su piel la más desnuda de todas las pieles, y su mirada inquieta y la lucha desesperada que cada uno a su vez libra contra la muerte y contra la angustia. Para mí, lo que importa es un hombre más o un hombre menos en el mundo. Es precioso. A ti te conozco bien, chico, eres un destructor. Detestas a los hombres porque te detestas a ti mismo; tu pureza se parece a la muerte, y la Revolución con la que sueñas no es la nuestra; no quieres cambiar el mundo, quieres hacerlo saltar.
- HUGO: (SE HA LEVANTADO). ¡Hoederer!
- HOEDERER: No es culpa tuya; son todos iguales. Un intelectual no es un verdadero revolucionario; tiene la pasta adecuada para ser un asesino.
- HUGO: Un asesino. ¡Sí!
- JESSICA: ¡Hugo!

(SE INTERPONE ENTRE LOS DOS. RUIDO DE LLAVE EN LA CERRADURA SE ABRE LA PUERTA. ENTRAN SLICK Y GEORGES).

## ESCENA V

JESSICA - HUGO  
(LARGO SILENCIO.)

JESSICA: ¡Hugo! Tenía razón.

HUGO: Mi pobre Jessica, ¿qué puedes saber tú?

JESSICA: Y tú, ¿qué sabes? No te luciste delante de él.

HUGO: ¡Diablos! Conmigo llevaba las de ganar. Me gustaría que hubiese tenido que vérselas con Louis; no hubiera salido del paso tan fácilmente.

JESSICA: Quizá Hoederer le hubiera tapado la boca.

HUGO: (RIENDO.) ¡Ah! ¿A Louis? No lo conoces; Louis no puede equivocarse.

JESSICA: ¡Hugo! Hablas contra tu corazón. Te miré mientras discutías con Hoederer: te ha convencido.

HUGO: No me ha convencido. Nadie puede convencerme de que debe mentirse a los camaradas. Pero si me hubiera convencido, sería una razón más para despacharlo, porque eso probaría que convencerá a otros. Mañana por la mañana terminaré el trabajo.

## TELON

## SEXTO CUADRO

EL DESPACHO DE HOEDERER

LAS DOS JAMBAS DE LAS VENTANAS, SUELTAS, ESTAN AREIMADAS A LA PARED, LOS TROZOS DE VIDRIO HAN SIDO BARRIDOS. SE HA TAPADO LA VENTANA CON UNA COLCHA QUE CAE HASTA EL SUELO, SUJETA CON CHINCHES.

## ESCENA I

HOEDERER, LUEGO JESSICA

(AL COMIENZO DE LA ESCENA, HOEDERER, DE PIE DELANTE DEL HORNILLO, HACE CAFE MIENTRAS FUMA EN PIPA. LLAMAN, Y SLICK ASOMA LA CABEZA POR LA PUERTA ENTREABIERTA.)

SLICK: La chica quiere verlo.

HOEDERER: No.

SLICK: Dice que es muy importante.

HOEDERER: Bueno. Que entre. (JESSICA ENTRA. SLICK DESAPARECE.) ¿Y? (ELLA GUARDA SILENCIO. JESSICA PERMANECE DELANTE DE LA PUERTA CON TODO EL PELO EN LA CARA.) Dí lo que vayas a decir y vete.

JESSICA: Siempre tiene usted tanta prisa...

HOEDERER: Estoy trabajando.

JESSICA: No trabajaba: se hacía café. ¿Puedo tomar una taza?

HOEDERER: Sí. (UNA PAUSA.) ¿Y?

JESSICA: Tiene que darme un poco de tiempo. Es tan difícil hablarle. Usted espera a Hugo y él ni siquiera empezó a afeitarse.

HOEDERER: Bueno. Tienes un minuto para recobrarte.

(UNA PAUSA.)

JESSICA: Anoche consideré que usted tenía razón.

HOEDERER: ¿Razón? ¡Ah! (PAUSA.) Te lo agradezco, me alientas.

JESSICA: Usted se burla de mí.

HOEDERER: Sí.

JESSICA: Es... es tonto. Le digo que lo comprendí todo y que soy de su opinión. (UNA PAUSA.)

HOEDERER: ¿Qué hay? ¿Te peleaste con Hugo y quieres irte?

JESSICA: NO. ¿Le molestaría que me fuera?

HOEDERER: Me encantaría. Podría trabajar tranquilo.



- JESSICA: Usted no piensa lo que dice.
- HOEDERER: ¿No?
- JESSICA: No. (UNA PAUSA.) Anoche, cuando entró, parecía tan solo.
- HOEDERER: ¿Y qué?
- JESSICA: Un hombre que está solo es hermoso.
- HOEDERER: Tan hermoso que en seguida dan ganas de hacerle compañía. Y desde entonces deja de estar solo: así es el mundo.
- JESSICA: ¡Oh! Conmigo muy bien podría usted permanecer solo. No soy pesada.
- HOEDERER: ¿Contigo?
- JESSICA: Es una manera de decir. (UNA PAUSA.)
- HOEDERER: Ha pasado el minuto. Habla o vete.
- JESSICA: Usted no le hará daño.
- HOEDERER: ¿A quién?
- JESSICA: ¡A Hugo! Usted es amigo de él, ¿verdad?
- HOEDERER: ¡Ah! nada de sentimentalismo! Quiere matarme, ¿eh? ¿Esa es tu historia?
- JESSICA: No le haga daño.
- HOEDERER: Pero no, no le haré daño.
- JESSICA: ¿Usted... usted lo sabía?
- HOEDERER: Desde ayer. ¿Con qué quiere matarme?
- JESSICA: ¿Cómo?
- HOEDERER: ¿Con qué arma? ¿Granada, revólver, sable, veneno?
- JESSICA: Revólver.
- HOEDERER: Lo prefiero.
- JESSICA: Cuando venga esta mañana, traerá el revólver encima.
- HOEDERER: Bueno. Bueno. ¿Por qué lo traicionas? ¿Se lo reprochas?
- JESSICA: No. Pero...
- HOEDERER: ¿Qué?
- JESSICA: Me pidió ayuda.
- HOEDERER: ¿Y así te las ingenias para ayudarlo? Me asombra.
- JESSICA: El no tiene ganas de matarlo. Lo quiere demasiado. Sólo que ha recibido órdenes. No lo dirá, pero estoy segura de que en el fondo le alegrará que le impidan ejecutarlas.
- HOEDERER: Habrá que verlo.
- JESSICA: ¿Usted qué hará?
- HOEDERER: Todavía no lo sé.
- JESSICA: Mande a Slick a que lo desarme delicadamente. Sólo tiene un revólver. Si se lo quitan, se acabó.
- HOEDERER: No, eso lo humillaría. No hay que humillar a la gente. Le hablaré.
- JESSICA: ¿Lo dejará entrar con el arma?
- HOEDERER: ¿Por qué no? Quiero convencerlo. Hay cinco minutos de riesgo, no más. Si no da el golpe esta mañana, no lo dará nunca.
- JESSICA: (BRUSCAMENTE.) No quiero que él lo mate.
- HOEDERER: ¿Te molestaría que me despacharan?
- JESSICA: ¿A mí? Me encantaría.
- (LLAMAN.)
- SLICK: Es Hugo.
- HOEDERER: Un momento. (SLICK VUELVE A CERRAR LA PUERTA.) Lárgate.
- JESSICA: No quiero dejarlo a usted.
- HOEDERER: Si te quedas, es seguro que dispara. Delante de ti no se achicará. ¡Vamos, fuera! (JESSICA SALE POR LA VENTANA, Y LA COLCHA CAE TRAS ELLA.) Hacedlo entrar.

## ESCENA II

HOEDERER - HUGO

(HUGO ENTRA. HOEDERER SE DIRIGE A LA PUERTA Y ACOMPAÑA A HUGO HASTA LA MESA. PERMANECERA DESPUES CERCA DE EL, OBSERVANDO SUS MOVIMIENTOS MIENTRAS LE HABLA, Y DISPUESTO A TOMARLE LA MUÑECA SI HUGO QUISIERA SACAR EL REVOLVER.)

- HOEDERER: ¿Y? ¿Dormiste bien?
- HUGO: Más o menos.
- HOEDERER: ¿Estás decidido?
- HUGO: (SOBRESALTÁNDOSE) ¿Decidido a qué?
- HOEDERER: Anoche me dijiste que me abandonarías si no podías hacerme cambiar de opinión.
- HUGO: Sigo siempre decidido.
- HOEDERER: Bueno. Siéntate. (HUGO SE SIENTA A SU MESA DE TRABAJO.) ¿Sabes que fue una mujer la que arrojó el petardo?
- HUGO: ¿Una mujer?
- HOEDERER: Slick descubrió huellas en un arriate. ¿La conoces?
- HUGO: ¿Cómo había de conocerla? (SILENCIO.)
- HOEDERER: Es curioso, ¿eh?
- HUGO: Mucho.
- HOEDERER: No parece encontrarlo curioso. ¿Qué tienes?
- HUGO: Estoy enfermo.
- HOEDERER: ¿Quieres que te deje libre la mañana?
- HUGO: No. Trabajemos.
- (HUGO TOMA LAS NOTAS.)
- "Según las cifras del censo..."
- (HOEDERER SE ECHA A REIR. HUGO LEVANTA LA CABEZA BRUSCAMENTE.)
- HOEDERER: ¿Sabes por qué nos erró? Apuesto a que arrojó el petardo cerrando los ojos.
- HUGO: (DISTRÁIDAMENTE). ¿Por qué?
- HOEDERER: A causa del ruido. Las mujeres cierran los ojos para no oír, explicatelo como puedas. Todos estos ratones temen al ruido, que si no, serían notables. Son empecinadas, ¿comprendes? Reciben las ideas hechas, y creen en ellas como en Dios. A nosotros nos es menos fácil disparar contra un buen hombre por cuestión de principios, porque somos nosotros los que hacemos las ideas y conocemos la cocina: nunca estamos completamente seguros de tener razón. ¿Tú estás seguro de tener razón?
- HUGO: Seguro.
- HOEDERER: A propósito de nuestra conversación de ayer, por ejemplo, ¿pondrías las manos en el fuego?
- HUGO: Cualquiera puede matar si el Partido lo ordena.
- HOEDERER: Si el Partido te ordena bailar en una cuerda floja, ¿crees que, podrías conseguirlo? Se es de nacimiento. Tú reflexionas demasiado, no podrías.
- HUGO: Podría si lo hubiera decidido.
- HOEDERER: ¿Podrías despacharme fríamente, de un balazo entre los ojos, porque no soy de tu opinión en política?
- HUGO: Sí, si lo hubiera decidido o si el Partido me lo hubiese ordenado.
- HOEDERER: Me asombra. (HUGO VA A METER LA MANO EN EL BOLSILLO PERO HOEDERER SE LA SUJETA Y LA LEVANTA LIGERAMENTE POR ENCIMA DE LA MESA.) Supón que esta mano tiene un arma y que este dedo está apoyado en el gatillo...
- HUGO: Suéltame la mano.
- HOEDERER: (SIN SOLTARLO). Supón que estoy frente a tí, exactamente como ahora y que me apuntas...

- HUGO: Suélteme y trabajemos.
- HOEDERER: Me miras y en el momento de tirar, piensas: "¿Y si él tuviera razón?" ¿Te das cuenta?
- HUGO: No lo pensaría. No pensaría nada más que en matar.
- HOEDERER: Lo pensarías: un intelectual tiene que pensar. Aun antes de apretar el gatillo, habrías visto todas las consecuencias posibles de tu acto: todo el trabajo de una vida arruinado, una política destruida, nadie que lo reemplace, El Partido condenado quizá a no llegar nunca al poder.
- HUGO: ¡Le digo que no lo pensaría!
- HOEDERER: No podrías impedirlo. Y sería preferible, porque dada tu índole si no lo pensaras antes, no te alcanzaría toda la vida para pensarlo después. (UNA PAUSA.) ¿Qué locura es ésta de todos vosotros de jugar a los matachines? Los matachines son tipos sin imaginación: les da lo mismo matar, porque no tienen ninguna idea de lo que es la vida. Prefiero la gente que teme la muerte de los demás: es prueba de que sabe vivir.
- HUGO: No nací para vivir, no sé lo que es la vida ni necesito saberlo. Estoy de más, no tengo un lugar mío y molesto a todo el mundo; nadie me quiere, nadie confía en mí...
- HOEDERER: Yo confío en ti.
- HUGO: ¿Usted?
- HOEDERER: Claro que sí. Eres un mocoso a quien le cuesta pasar a la edad adulta, pero serás un hombre muy aceptable si alguien te facilita el paso. Si escapo a los petardos y a las bombas, te conservaré a mi lado y te ayudaré.
- HUGO: ¿Por qué decírmelo? ¿Por qué decírmelo hay?
- HOEDERER: (SOLTÁNDOLO.) Simplemente para probarte que no se puede despachar a un hombre a sangre fría, salvo en caso de ser un especialista.
- HUGO: Si lo decidí, debo hacerlo. (COMO PARA SI, CON UNA SUERTE DE DESESPERACION.) Debo PODER HACERLO.
- HOEDERER: ¿Podrías matarme mientras te miro? (SE MIRAN. HOEDERER SE APARTA DE LA MESA Y RETROCEDE UN PASO.) Los verdaderos matachines ni sospechan lo que pasa por las cabezas. Tú lo sabes: ¿podrías sopor-tar lo que pasaría por la mía si te viera apuntarme? (UNA PAUSA. SIGUE MIRÁNDOLO) ¿Quiéres café? (HUGO NO RESPONDE.) Está listo; voy a darte una taza. (VUELVE LA ESPALDA A HUGO Y SIRVE CAFE EN UNA TAZA. HUGO SE LEVANTA Y METE LA MANO EN EL BOLSILLO QUE CONTIENE EL REVOLVER. SE VE QUE LUCHA CONTRA SI MISMO. AL CABO DE UN MOMENTO HOEDERER SE VUELVE Y CAMINA TRANQUILAMENTE HACIA HUGO, LLEVANDO UNA TAZA LLENA. SE LA TIENDE)? Toma. (HUGO TOMA LA TAZA.) Ahora dame el revólver. Vamos, dámelo: ya ves que te he brindado una oportunidad y que no la aprovechaste. (HUNDE LA MANO EN EL BOLSILLO DE HUGO Y LE SACA EL REVOLVER.) ¡Pero si es una joya! (SE DIRIGE AL ESCRITORIO Y ARROJA EL REVOLVER ENCIMA.)
- HUGO: Lo odio.  
(HOEDERER SE VUELVE HACIA EL).
- HOEDERER: NO, hombre, no me odias. ¿qué razón tendrías para odiarme?
- HUGO: Usted me toma por un cobarde.
- HOEDERER: ¿Por qué? No sabes matar, pero ésa no es una razón para que no sepas morir. Al contrario.
- HUGO: Tenía el dedo en el gatillo.
- HOEDERER: Sí.
- HUGO: Y yo... (GESTO DE IMPOTENCIA.)
- HOEDERER: Sí. Te lo dije: es más difícil de lo que se piensa.
- HUGO: Yo sabía que usted me daba la espalda a propósito, y... ¡No soy un traidor!
- HOEDERER: ¿Quién habla de eso? La traición también es asunto de vocación.
- HUGO: Aquellos pensarán que soy un traidor porque no hice lo que me encargaron.



- HOEDERER: ¿Aquéllos? (SILENCIO) ¿Te envié Louis? (SILENCIO.) No quieres decir nada; es normal. (UNA PAUSA.) Escucha: tu suerte está ligada a la mía. Desde ayer tengo los triunfos en la mano y trataré de salvar el pellejo de los dos juntos. Mañana iré a la ciudad y hablaré con Louis. Es cabeza dura, pero yo también lo soy. Con tus compañeros, la cuestión se arreglará. Lo más difícil es arreglarse contigo mismo.
- HUGO: ¿Difícil? Eso será rápido. No tiene más que devolverme el revólver.
- HOEDERER: No.
- HUGO: Devuélvame, le juro que no lo utilizaré contra usted.
- HOEDERER: No.
- HUGO: ¿Qué puede hacerle que me meta una bala en el pellejo? Soy su enemigo.
- HOEDERER: Ante todo, no eres mi enemigo. Y además todavía puedes servir.
- HUGO: ¡Bien sabe usted que estoy embromado!
- HOEDERER: ¡Cuántas historias! Quisite probarte que eres capaz de actuar y elegiste los caminos difíciles como cuando se quiere merecer el cielo; es propio de tu edad. No saliste airoso: bueno, ¿y qué? No hay nada que probar, ¿sabes?; la Revolución no es asunto de mérito sino de eficacia; y no hay cielo. Hay trabajo por hacer, eso es todo. Y es preciso hacer aquel para el cual uno sirve: si es fácil, enhorabuena. El mejor trabajo no es el que te costará más, sino el que lograrás mejor.
- HUGO: NO sirvo para nada.
- HOEDERER: Sirves para escribir.
- HUGO: ¡Para escribir! ¡Palabras! ¡Siempre palabras!
- HOEDERER: Bueno, ¿y qué? Hay que ganar. Vale más un buen periodista que un mal asesino.
- HUGO: (MINTIENDO, PERO CON CIERTA ESPERANZA). Hoederer. Cuando usted tenía mi edad...
- HOEDERER: ¿Sí?
- HUGO: ¿Qué hubiera hecho en mi lugar?
- HOEDERER: ¿Yo? Hubiera matado. Pero no es lo mejor que hubiese hecho. Y además no somos de la misma especie.
- HUGO: Yo quisiera ser de la suya: uno ha de sentirse bien en su pellejo.
- HOEDERER: ¿Te parece? (RISA BREVE.) Un día te hablaré de mí.
- HUGO: ¿Un día? (PAUSA.) Hoederer, he fracasado y ahora sé que nunca podré disparar contra usted porque... porque usted me importa. Pero no debe engañarse; sobre lo que discutimos anoche, jamás estaré de acuerdo con usted, jamás seré de los suyos y no quiero que me defienda. Ni mañana, ni ningún otro día.
- HOEDERER: Como gustes.
- HUGO: Ahora le pido que me permita irme. Quiero reflexionar en toda esta historia.
- HOEDERER: ¿Me juras que no harás tonterías antes de verme?
- HUGO: Sí usted lo quiere.
- HOEDERER: Entonces anda. Vete a tomar aire y vuelve en cuanto puedas. Y no olvides que todavía eres mi secretario, Mientras no me hayas plantado o mientras yo no te haya despedido, trabajarás para mí.
- (HUGO SALE).
- HOEDERER: (SE DIRIGE A LA PUERTA.) ¡Slick!
- SLICK: ¿Eh?
- HOEDERER: El chico anda en aprietos. Vigílalo de lejos y si es necesario impídele que se tire por la ventana. Pero con suavidad. Y si quiere venir aquí, dentro de un rato, no lo detengáis al pasar con el pretexto de anunciarlo. Que vaya y venga como le dé la gana; sobre todo, no ponerlo nervioso.

(CIERRA LA PUERTA, VUELVE A LA MESA DONDE ESTA EL ESCALFADOR Y SE SIRVE UNA TAZA DE CAFÉ. JESSICA APARTA LA COLCHA QUE DISIMULA LA VENTANA Y APARECE.

## ESCENA III

HOEDERER - JESSICA

- HOEDERER: ¿Todavía estás ahí, ponzoña? ¿Qué quieres?
- JESSICA: Lo oí todo..
- HOEDERER: ¿Y qué?
- JESSICA: Tuve miedo.
- HOEDERER: Te estaba irte.
- JESSICA: No podía dejarlo.
- HOEDERER: No hubieses sido una gran ayuda.
- JESSICA: (SALIENDO.) Quizá hubiera podido arrojarme delante de usted y recibir las balas en su lugar.
- HOEDERER: Qué romántica eres.
- JESSICA: Usted también, para no humillarlo, arriesgó el pellejo.
- HOEDERER: Hay que arriesgarlo de vez en cuando para conocer su valor.
- JESSICA: Usted le ofreció ayuda y él no quería aceptarla y usted no se desanimó y parecía tenerle cariño.
- HOEDERER: ¿Y qué?
- JESSICA: Nada. Era así, eso es todo. (SE MIRAN.)
- HOEDERER: ¡Vete! (ELLA NO SE MUEVE.) ¡Jessica, no estoy acostumbrado a rechazar lo que me ofrecen y hace seis meses que no toco una mujer! Todavía tienes tiempo para irte, pero dentro de cinco minutos será demasiado tarde. ¿Me oyes? (ELLA NO SE MUEVE.) Tú eres lo único que ese chico tiene en el mundo, y va al encuentro de los peores enredos. Necesita alguien que le dé coraje.
- JESSICA: Usted, usted puede darle coraje. Yo no. Sólo nos hacemos daño.
- HOEDERER: Se quieren.
- JESSICA: Ni siquiera eso. Nos parecemos demasiado.  
(UNA PAUSA.)
- HOEDERER: ¿Cuándo sucedió?
- JESSICA: ¿Qué?
- HOEDERER: (GESTO.) Todo eso. Todo eso, en tu cabeza.
- JESSICA: No sé. Ayer, creo, cuando usted me miró y parecía solo.
- HOEDERER: Yo... (LA MIRA Y SE ENCOGE DE HOMBROS. UNA PAUSA.) ¡Pero santo Dios! Si tienes vagos deseos, ahí están Georges y Slick para distraerte. ¿Por qué me elegiste?
- JESSICA: No tengo vagos deseos y no elegí.
- HOEDERER: Me aburres. (UNA PAUSA.) ¿Pero qué esperas? No tengo tiempo de ocuparme de ti; no querrás que te tire en ese diván y que después te abandone.
- JESSICA: Decida.
- HOEDERER: Sin embargo, deberías saber...
- JESSICA: No sé nada, no soy ni una mujer, ni una niña, he vivido en un sueño y cuando me besaban, me venían ganas de reír. Ahora estoy aquí, delante de usted, me parece que acabo de despertarme y que es de mañana. Usted es verdadero. Un hombre verdadero, de carne y hueso; le tengo verdadero miedo y creo que lo quiero de verdad. Haga de mí lo que guste; suceda lo que suceda, no le reprocharé nada.
- HOEDERER: Te dan ganas de reír cuando te besan, ¿eh? (JESSICA, MOLESTA, BAJA LA CABEZ.) ¿Eh?
- JESSICA: Sí.
- HOEDERER: ¿Entonces eres fría?
- JESSICA: Así dicen.
- HOEDERER: Y a ti, ¿qué te parece?
- JESSICA: No sé.
- HOEDERER: Veamos. (LA BESA.) ¿Y?

JESSICA: No me ha dado ganas de reír.  
(LA PUERTA SE ABRE, ENTRA HUGO.)

## ESCENA IV

HOEDERER - JESSICA - HUGO

HUGO: ¿De modo que era esto?

HOEDERER: Hugo...

HUGO: Está bien. (UNA PAUSA.) Por eso tuvo usted consideraciones. Yo me preguntaba: ¿por qué no mandó a sus hombres que me despacharan o me echaran? Me decía: no es posible que sea tan loco o tan generoso. Pero todo se explica: era a causa de mi mujer. Lo prefiero.

JESSICA: Escucha...

HUGO: Deja, Jessica, deja. No te lo reprocho y no estoy celoso: nosotros no nos queríamos. Pero él estuvo a punto de pescarme en la trampa: "Te ayudaré, te haré pasar a la edad de hombre". ¡Qué estúpido fui! Se reía de mí.

HOEDERER: Hugo, si quieres que te dé mi palabra de que...

HUGO: Pero no se disculpe. Se lo agradezco, al contrario: por una vez al menos me habrá dado el gusto de verlo desconcertado. Y además..., (SALTA HASTA EL ESCRITORIO, TOMA EL REVOLVER Y APUNTA A HOEDERER) Usted me liberó.

JESSICA: (GRITANDO.) ¡Hugo!

HUGO: Ya lo ve, Hoederer, lo miro a los ojos y apunto y no me tiembla la mano y me importa un cuerno lo que pasa por su cabeza.

HOEDERER: ¡Espera, chico! No hagas tonterías. Por una mujer, no.

(HUGO DISPARA TRES TIROS. JESSICA ROMPE A GRITAR. SLICK Y GEORGES ENTRAN EN LA HABITACION.)

HOEDERER: Imbécil. Lo echaste todo a perder.

SLICK: ¡Cochino!

(SACA EL REVOLVER.)

HOEDERER: No le hagáis daño. (CAE EN UN SILLON.) Tiró por celos.

SLICK: ¿Qué quiere decir eso?

HOEDERER: Yo me acostaba con la chica. (UNA PAUSA.) Todo se ha ido al demonio. ¡Por una mujer!

(MUERE.)

TELON

## SEPTIMO CUADRO

EN EL CUARTO DE OLGA

## ESCENA UNICA

OLGA - HUGO

(PRIMERO SE OYEN SUS VOCES EN LA NOCHE Y LUEGO LA LUZ VA AUMENTAN POCO A POCO.)

OLGA: ¿Era cierto? ¿Lo mataste por Jessica?

HUGO: Lo maté porque había abierto la puerta. El estaba allí, tenía a Jessica en los brazos. Era trivial. Pero yo vivía desde mucho tiempo atrás en tragedia y disparé para salvar la tragedia.

OLGA: ¿No estabas celoso?

HUGO: ¿Celoso? Tal vez. Pero no de Jessica.

OLGA: Mírame y respóndeme sinceramente, pues lo que voy a preguntarte tiene mucha importancia. ¿Estás orgulloso de tu acción? ¿La reivindicas? ¿Volverías a ejecutarla, si estuviera pendiente?

HUGO: ¿Acaso la ejecuté? No maté yo, sino el azar. Si hubiese abierto la puerta dos minutos antes o dos minutos después no los hubiera sorprendido a uno en brazos del otro, no hubiera disparado. (UNA PAUSA.) Iba a decirle que aceptaba su ayuda.



- OLGA: Sí.
- HUGO: El azar disparó tres tiros, como en las malas novelas policiales. Con el azar pueden comenzar los "si". "Si me hubiera quedado un rato más delante de los castaños, si hubiera llegado hasta el límite del jardín, si hubiera vuelto al pabellón..." Pero yo, yo, allí dentro, ¿en qué me convierto? Es un asesinato sin asesino. (PAUSA.) Muchas veces, en la cárcel, me preguntaba: ¿qué me diría Olga, si estuviera aquí? ¿Qué querría que yo pensara?
- OLGA: (SECAMENTE.) ¿Y?
- HUGO: ¡Oh! Sé muy bien lo que hubieras dicho. Me hubieras dicho: "Sé modesto, Hugo. Nos importan un bledo tus razones, tus motivos. Te pedimos que mataras a ese hombre y lo mataste. El resultado es lo que interesa". Yo... yo no soy modesto, Olga. No conseguí separar el crimen de sus motivos.
- OLGA: Lo prefiero.
- HUGO: ¿Cómo? ¿Lo prefieres? ¿Eres tú quien lo dice, Olga? Tú que siempre me has dicho.
- OLGA: Te lo explicaré. ¿Qué hora es?
- HUGO: (MIRANDO EL RELOJ PULSERA.) Las doce menos veinte.
- OLGA: Bueno. Tenemos tiempo. ¿Qué me decías? ¿Qua no comprendías tu acción.
- HUGO: Más bien creo que la comprendo demasiado. Es una caja que todas las llaves abren. Mira, puedo decirme del mismo modo, si me da la gana que tiré por pasión política y que el furor que me asaltó cuando abrí la puerta sólo era la pequeña sacudida que había de facilitarme la ejecución.
- OLGA: (MIRANDO CON INQUIETUD.) ¿Lo crees, Hugo? ¿Crees de veras que disparaste por buenos motivos?
- HUGO: Olga, lo creo todo. Estoy por preguntarme si lo maté de veras.
- OLGA: ¿De veras?
- HUGO: ¿Y si todo fuera una comedia?
- OLGA: Aprestaste de veras el gatillo.
- HUGO: Sí. Moví el dedo de veras. Los actores también mueven los dedos en las talbas. Fíjate, mira: muevo el índice, te apunto (LE APUNTA CON LA MANO DERECHA Y EL DEDO INDICE DOBLADO.) Es el mismo ademán. Quizá yo no era el verdadero. Quizá lo era tan sólo la bala. ¿Por qué sonríes?
- OLGA: Porque me facilitas mucho las cosas.
- HUGO: Yo me encontraba demasiado joven; quise atarme un crimen al cuello, como una piedra. Y tenía miedo de que fuera gravoso soportarlo. Que error: es ligero, horriblemente ligero. No pesa. Mírame: he envejecido, me pasé dos años en prisión, me separé de Jessica y llevaré esta curiosa vida perpleja hasta que tus compañeros se encarguen de liberarme. Todo eso procede de mi crimen, ¿no? Y sin embargo, no pesa. Se ha convertido en mi destino, ¿comprendes?, gobierna mi vida desde fuera, pero no puedo verlo, ni tocarlo, no es mío, es una enfermedad mortal que mata sin dolor. ¿Dónde está? ¿Existe? Sin embargo, disparé. Yo quería a Hoederer, Olga. Lo quería como no he querido a nadie en el mundo. Me gustaba verlo y oírlo. Me gustaban sus manos y su cara, y cuando estaba con él, todas mis tormentas se sosegaban. No es micrimen lo que me mata, sino su muerte. (PAUSA) En fin. Nada sucedió. Nada. Pasé diez días en el campo y dos años preso: no he cambiado; sigo siendo siempre tan charlatán. Los asesinos deberían llevar una señal distintiva. Una amapola en el ojal. (PAUSA.) Bueno. ¿Y qué?
- OLGA: Volverás al Partido.
- HUGO: Bueno.
- OLGA: A medianoche Louis y Charles han de regresar para despacharte. No les abriré. Les diré que eres recuperable.
- HUGO: (SE RIE.) ¡Recuperable! ¡Válente palabra. Eso se dice de las basuras, ¿no es cierto?
- OLGA: ¿Estás de acuerdo?
- HUGO: ¿Por qué no?
- OLGA: Mañana recibirás nuevas consignas.

- HUGO: Bien.
- OLGA: ¡Uf!
- HUGO: ¿Qué tienes?
- OLGA: Estoy contenta. (UNA PAUSA.) Has hablado tres horas y durante todo el tiempo estuve con miedo.
- HUGO: ¿Miedo de qué?
- OLGA: De lo que me vería obligada a decirles. Pero todo marchaba bien. Volverás con nosotros y harás trabajo de hombre.
- HUGO: ¿Me ayudarás como antes?
- OLGA: Sí, Hugo. Te ayudaré.
- HUGO: Te quiero bien, Olga. Sigues siendo la misma. Tan pura. Tan limpia. Tú me enseñaste la pureza.
- OLGA: ¿Envejecí?
- HUGO: No. (LE TOMA LA MANO.)
- OLGA: He pensado en tí todos los días.
- OLGA: (MOSTRANDO SU PELO.) Mira.
- HUGO: ¿Qué hay? ¿Cabellos blancos?
- OLGA: Aparecieron en una noche. No me abandonarás nunca. Y si se presentan malos momentos, los soportaremos juntos. (REPENTINAMENTE.) ¿Qué hora es?
- HUGO: Las menos cinco.
- OLGA: Escucha, Hugo. Y no me interrumpas. Todavía tengo algo que decirte. Casi nada. No hay que darle importancia. Te... te asombrará primero, pero comprenderás poco a poco.
- HUGO: ¿Qué?
- OLGA: Me... me alegra lo que me has dicho a propósito de tu... de tu acción. Si hubiera resultado más difícil.
- HUGO: ¿Difícil qué?
- OLGA: Olvidarlo.
- HUGO: ¿Olvidarlo? Pero Olga...
- OLGA: ¡Hugo! Tienes que olvidarlo, No te pido gran cosa; tú mismo lo has dicho; no sabes ni lo que hiciste ni por qué lo hiciste. Ni siquiera estás seguro de haber matado a Hoederer. Pues bien, andas bien encaminado; hay que llegar un poco más lejos, eso es todo. Olvídalo, fue una pesadilla. Nunca más hables de él; ni siquiera a mí. El tipo que mató a Hoederer ha muerto.
- HUGO: ¿Que ha sucedido, Olga?
- OLGA: El partido cambió de política. (HUGO LA MIRA FIJAMENTE.) No me mires así. Trata de comprender. Cuando te enviaron con Hoederer, las comunicaciones con la U.R.S.S. estaban interrumpidas. Debíamos elegir solos nuestra estrategia. ¡No me mires así, Hugo!
- HUGO: ¿Y después?
- OLGA: Después se restablecieron los enlaces. El invierno pasado la U.R.S. nos hizo saber que deseaba, por razones puramente militares, que nos acercáramos al Regente.
- HUGO: ¿Y... y obedecistes?
- OLGA: Sí. Formamos un comité clandestino de seis miembros con los del Gobierno y los del Pentágono.
- HUGO: ¿Y tienen tres votos?
- OLGA: ¿Cómo lo sabes?
- HUGO: Continúa.
- OLGA: Desde ese momento nuestras tropas prácticamente no intervinieron ya en las operaciones. Quizá hayamos economizado cien mil vidas humanas. Sólo que al mismo tiempo los alemanes invadieron el país.
- HUGO: Perfecto. Supongo que los Soviets nos habrán dado a entender que no deseaban entregar el poder al Partido Proletario solamente; que tendrían inconvenientes con los aliados y que, por lo demás, serías rápidamente barridos por una insurrección.

- OLGA: Pero...
- HUGO: Me parece que ya he oído todo esto. ¿Y entonces, Hoederer?
- OLGA: Su tentativa fue prematura, y no era el hombre que convenía para esa política.
- HUGO: Entonces, había que matarlo; es luminoso. Pero supongo que habréis rehabilitado su memoria.
- OLGA: No había más remedio.
- HUGO: Tendrá su estatua, al fin de la guerra, tendrá calles en todas nuestras ciudades y su nombre en los libros de historia. Me gusta por él. Su asesino, ¿quién era? ¿Un tipo a sueldo de Alemania?
- OLGA: Hugo...
- HUGO: Responde.
- OLGA: Los camaradas sabían que eras de los nuestros. Nunca creyeron en el crimen pasional. Así que se les explicó... lo que se pudo.
- HUGO: Mentistes a los camaradas.
- OLGA: Mentir, no. Pero... pero estamos en guerra, Hugo. No se puede decir la verdad a las tropas. (HUGO LANZA UNA CARCAJADA.) ¿Qué tienes? ¡Hugo! ¡Hugo!
- (HUGO SE DEJA CAER EN UN SILLON RIENDO HASTA LAS LAGRIMAS.)
- HUGO: ¡Todo lo que él decía! ¡Todo lo que él decía! ¡Es una farsa!
- OLGA: ¡Hugo!
- HUGO: Espera, Olga, déjame reír. Hace diez años que no me río tanto. Este sí que es un crimen que estorba: nadie quiere saber nada de él. Yo no sé por qué lo cometí y vosotros no sabéis qué hacer de él. (LA MIRA.) Son iguales.
- OLGA: Hugo, te lo ruego.
- HUGO: Iguales. Hoederer, Louis, tú, son todos de la misma especie. Dé la buena especie. Guapos, conquistadores, jefes. Sólo yo me equivóque de puerta.
- OLGA: Hugo, tú querías a Hoederer.
- HUGO: Creo que nunca lo quise tanto como en ese momento.
- OLGA: Entonces tienes que ayudarnos a proseguir su obra.
- (HUGO LA MIRA. ELLA RETROCEDE.) ¡Hugo!
- HUGO (SUAVEMENTE.) No tengas miedo, Olga. No te haré daño. Sólo has de callarte. Un minuto, justo un minuto para poner mis ideas en orden. Bueno. Entonces, yo soy recuperable. Perfecto. Pero completamente solo, completamente desnudo, sin bagajes. A condición de cambiar de pellejo, y si pudiera llegar a ser amnésico, mejor aún. El crimen no es recuperable, ¿eh? Fue un error sin importancia. Queda donde está en la basura. En cuanto a mí cambio de nombre desde mañana, trabajaré mano a mano con los tipos del Pentágono.
- OLGA: Voy.
- HUGO: Calla, Olga. Te lo suplico, no digas una palabra. (REFLEXIONA UN MOMENTO.) No.
- OLGA: ¿Qué?
- HUGO: No. No trabajaré con vosotros.
- OLGA: Hugo, pero no has comprendido. Vendrán con los revólveres...
- HUGO: Lo sé. Hasta se han retrasado.
- OLGA: No puedes dejarte matar como un perro. ¡No aceptarás morir por nada! Confiamos en ti. Hugo, Vivirás, serás de verdad nuestro camarada, ya diste pruebas... Hugo, sería criminal: el Partido...
- HUGO: Nada de grandes palabras, Olga. Hubo demasiadas grandes palabras en esta historia y ya hicieron mucho daño. Escucha: no sé por qué maté a Hoederer, pero sé por qué hubiera debido matarlo: porque hacía mala política, porque mentía a sus camaradas y porque corría el riesgo de corromper el partido. Si hubiera tenido el coraje de disparar cuando solo con él en su despacho, habría muerto por esto y yo podría pensar en mí sin avergonzarme. Me avergüenzo de mí porque lo maté...



después... Y vosotros me pedís que me avergüence todavía más y que decida que lo maté por nada. Olga, lo que yo pensaba sobre la política de Hoederer continúo pensándolo. Cuando estaba preso creía que estabas de acuerdo conmigo y eso me sostenía; ahora sé que soy el único de mi opinión, pero no la cambiaré.

(RUIDO DE MOTOR.)

OLGA: Son ellos. Escucha, no puedo... Toma ese revólver, sal por la puerta de mi cuarto y prueba suerte.

HUGO: (SIN TOMAR EL REVOLVER.) Has hecho de Hoederer un gran hombre. Pero yo lo quise como nunca lo querrás. Si renegara de mi acto, se convertiría en un cadáver anónimo, en una pérdida para el Partido. (EL AUTOMOVIL SE DETIENE.) Muero por casualidad. Muero por una mujer.

OLGA: Vete.

HUGO: Un tipo como Hoederer no muere por casualidad. Muere por sus ideas, por su política; es responsable de su muerte. Si reivindico mi crimen delante de todos, y acepto pagar el precio necesario, entonces habrá tenido la muerte que le corresponde.

(LLAMAN A LA PUERTA.)

OLGA: Hugo, yo...

HUGO: (DIRIGIENDOSE A LA PUERTA.) Todavía no he matado a Hoederer, Olga. Todavía no. Ahora voy a matarlo. Y a mí también.

OLGA: (GRITANDO.) Lárguense de aquí.

(HUGO ABRE LA PUERTA Y SE INCLINA LIGERAMENTE.)

HUGO: No recuperable.

TELON

Departamento de Drama  
Universidad de Puerto Rico

5 de mayo de 1982

brr

Seminario Multidisciplinario  
José Emilio González  
SMJEG  
Facultad de Humanidades  
UPR-PP

1306377